



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La jauría

Una multitud ha bloqueado la embajada de Colombia en Zamora y pretenden linchar al Jefe de la CIA en ese país, que se ha refugiado en la embajada de Colombia para evitar que lo alcanzaran los que lo perseguían. La embajada de Colombia ha avisado a la de Estados Unidos y ésta ha avisado a la Central de la CIA en Washington, y de la Central parte una orden para que la agente Baby solucione el problema.



Lou Carrigan

La jauría

Brigitte en acción - 263

Archivo Secreto - 213

ePub r1.0

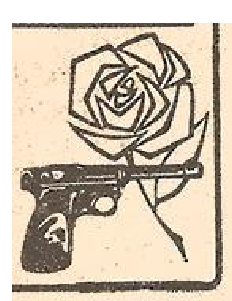
Titivillus 02-05-2019

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: Skynet

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




VI
ANIVERSARIO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Brigitte Montfort estaba oliendo unas rosas cuando apareció Charles Pitzer en el jardín. Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, que tenía en aquella floristería de la Segunda Avenida de Nueva York City su cuartel general, por supuesto perfectamente camuflado.

Tan bien camuflado como el jardín, situado detrás de la tienda, de la floristería propiamente dicha. Imaginar que dentro de una manzana de casas hubiese un jardín como aquél, aunque fuese de tan reducido tamaño, era llevar las cosas a los extremos de la ciencia-ficción.

Y sin embargo, allá estaba el jardín, con sus rosales que florecían maravillosamente con la llegada de la primavera.

Y allá estaba Brigitte Montfort, alias *Baby*, la secretísima agente de la CIA, la espía más peligrosa del mundo, oliendo delicadamente la fragancia de las rosas. Nadie se habría sorprendido por ver allí a la señorita Montfort, pues ésta, muy conocida en Nueva York por sus escritos en el *Morning News* que la habían hecho famosa en el mundo entero, hacía años que era clienta de la floristería del señor Pitzer. Con lo que, considerando que la señorita Montfort era una persona de altísima calidad, inteligente, cordial, educadísima, afectuosa, y de un grandioso corazón rebosante siempre de cariño y ternura hacia todo el mundo, no tenía nada de sorprendente que también con su florista hubiese llegado a unas relaciones personales de lo más afectuoso y amable.

No señor… Nada que fuese agradable podía sorprender si procedía de la señorita Montfort, porque ella era tan dulce, tan comprensiva, tan asequible, tan humana en fin, que no hacía falta precisamente ser el alcalde de Nueva York para conseguir una sonrisa de ella, una frase de simpatía, un gesto de amistad.

A menos… A menos que alguien hiciese algo que la señorita Montfort no encontrase bien. ¡Ah, entonces la cosa cambiaba! Entonces, la señorita Montfort, la dulce, educadísima, cariñosa, asequible y generosa señorita Montfort, Premio Pulitzer de periodismo, dama dadivosa si las hay, personificación del encanto femenino y de la simpatía, buscaba a esa persona que hubiese hecho algo malo, o que estuviese tramando hacerlo, y, sencillamente, la mataba. Sin alterarse. Sin que su corazón, que latía a cincuenta y seis pulsaciones por minuto, aumentase su ritmo ni siquiera en una pulsación. Nada. A fin de cuentas, ¿quién se va a alterar por pisar un alacrán…?

—¡Vaya! —Dijo Pitzer por todo saludo—. Ha llegado usted cuando precisamente estaba de nuevo en contacto con la Central.

—No se preocupe, Simón me ha traído al jardín, seguro de que lo pasaría muy bien. Y así es… Aunque debo decirle, tío Charlie, que Uno y yo tenemos rosas más bonitas que éstas en Villa Tartaruga.

—No faltaría más —refunfuñó Pitzer—. No me cabría en la cabeza que usted admitiese que yo podría tener algo mejor que Número Uno.

—Le digo la verdad. No sé si es mérito de él, de las rosas, o del clima de Malta, pero las rosas de nuestro jardín son más bonitas.

—Bueno, una rosa es una rosa, ¿no?

—Sí —Brigitte olió delicadamente otra flor, sonrió, y miró graciosamente de lado a Pitzer—. También una persona es una persona, y hay personas mejores que otras. ¿O no?

—No sé. ¿Usted qué piensa al respecto?

—¿Sobre si hay personas mejores que otras? Bien, creo que sí, que hay personas mejores que otras. De lo que no estoy muy segura es de los motivos, de las causas. Por ejemplo, yo soy teóricamente mejor que una mujer esquimal en cuanto a mi ubicación en un determinado círculo social y profesional, pero no podemos saber si esa… superioridad es cierta hasta que me enfrenten a una mujer esquimal que haya recibido mi educación y mis oportunidades de demostrar mi valía. Por otra parte, me parece que si un esquimal tuviese que elegir entre yo y una mujer esquimal, se quedaría con la mujer esquimal.

—¿Qué me dice? —sonrió Pitzer.

—Lo que oye, querido tío Charlie. Seguramente, el esquimal se daría cuenta enseguida de que yo no sé pescar, por ejemplo. Ni cocinar demasiado bien, ni curtir pieles, ni acoger en mi cama a sus amigos que nos visitasen, para darles placer y calor… Francamente, si yo fuese esquimal, me preguntaría para qué querría una mujer como yo. Seguro: me quedaría con una mujer esquimal. Y entonces…, ¿significa eso que la mujer esquimal es mejor que yo?

Pitzer se rascó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Si no recuerdo mal, estábamos hablando de flores.

—Pues sí. Pero yo he desviado la conversación para no seguir molestándole a usted con mis aseveraciones de que las flores de Villa Tartaruga son más bonitas que éstas.

—Será por el clima. O por la polución…

Brigitte alzó la cabeza. Era verdaderamente deprimente: el jardín estaba rodeado de altos edificios, y el cielo no se veía azul, sino grisáceo. Y eso que era un bonito día de principios de primavera. No. En realidad, todavía faltaban cuatro o cinco días para que comenzase la primavera en Nueva York. Pero daba lo mismo. Los edificios seguirían allí, como enormes barreras contra el sol, que sólo conseguía llegar al jardín precisamente con la llegada de la primavera, pues en invierno y en otoño iba demasiado bajo… La comparación entre aquel cielo y el del mar Mediterráneo era, sencillamente, imposible. Claro que también había días bonitos en Nueva York, pero…

—¿Nos sentamos?

La divina espía casi se sobresaltó. Miró a Pitzer, que señalaba el pequeño banco en el que, precisamente, tocaba el sol en aquel momento. Asintió, se sentó, y Pitzer se sentó a su lado, ofreciéndole un cigarrillo, que ella rechazó con un gesto.

—Lo normal, tío Charlie, es que venga usted a casa a ponerme en antecedentes de los males del mundo. ¿Por qué me ha hecho venir, a mí, esta vez?

—Tenía que estar pendiente de la radio que me comunica con la Central. Y como le he dicho, precisamente cuando usted ha llegado, estaba recibiendo otro mensaje.

—Ya. ¿De qué se trata?

—No le va a gustar.

Brigitte *Baby* Montfort palideció ligeramente, y miró fijamente a

Pitzer.

—¿Han matado a un Simón? —musitó.

—No. No han matado a ningún agente de la CIA…, por ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Ha ocurrido algo que escapa a nuestra comprensión. En Zamora. ¿Ha estado alguna vez en Zamora?

—No. Sé que es un país sudamericano, entre Ecuador y Perú, pero nunca he estado allí más que para hacer alguna escala de avión. Todos los indicios son de que Zamora es un país tranquilo. ¿Ya no lo es?

—Sí, sí. Todavía es tranquilo. Pero, como le digo, ha ocurrido algo que escapa a nuestra comprensión, precisamente porque Zamora es un país tranquilo. Como bien debe saber, tenemos allá una embajada de bastante importancia.

—Sí, eso sí lo sé, claro.

—Bueno, pues la gente del pueblo ha rodeado esa embajada, de tal modo que nuestros diplomáticos y empleados nativos han quedado bloqueados. Y lo mismo han hecho con la embajada de Colombia.

—¿Por qué motivo?

—Según parece, quieren linchar a Franklin Everitt. Everitt es nuestro jefe allá en Ciudad Zamora, y naturalmente dirige todos los servicios de la CIA en el país entero.

—Si lo estoy entendiendo bien, la gente de Zamora quiere linchar al jefe de la CIA en Zamora.

—Sí. Exacto.

—¿Y cómo se ha enterado la gente de que Franklin Everitt es el jefe de la CIA en su país?

—Eso es lo que escapa a nuestra comprensión. Cabe pensar en una traición, naturalmente, o sea, que alguien haya delatado a Everitt.

—Es perfectamente posible. De todos modos, no me parece motivo suficiente ser de la CIA para que a un hombre lo quieran linchar.

—Ya sabe cómo son esas cosas… Resulta que Zamora no es precisamente un país en el que tengamos muchas simpatías entre el pueblo. El Gobierno, sí, se entiende bien con Estados Unidos, pero el pueblo está… manipulado por diversos grupos políticos que

aprovechan cualquier circunstancia para levantar los ánimos contra Estados Unidos. El conocimiento de que la CIA tenía allá a un hombre que dirige a varios espías en todo el país ha soliviantado los ánimos de tal modo que Everitt estaría ya muerto si no se hubiese refugiado en la embajada de Colombia.

—¡Qué barbaridad! Bien, ¿y por qué en la de Colombia, en lugar de en la nuestra?

—No hubiese llegado jamás a nuestra embajada Así que se metió en la primera que apareció en su camino. Entiéndalo bien, Brigitte: Everitt escapaba corriendo de una turba que quería realmente lincharlo. Así que se metió en la embajada de Colombia, los empleados de ésta avisaron a la nuestra, y nuestra embajada ha avisado a Washington de lo que ocurre.

—Sí, entiendo. ¿Y la Central ha decidido que sea yo quien solucione este problema?

—Se solicita su colaboración en una de las vertientes del problema. Usted ya habrá comprendido que dicho problema presenta dos aspectos, en principio. Uno de ellos, naturalmente, es sacar de la embajada de Colombia y de Zamora a Franklin Everitt antes de que las cosas se compliquen más. Por ejemplo, podría ser que la masa popular optase por entrar en la embajada colombiana, con lo que se produciría una invasión formal del territorio de Colombia, ¡claro está! O bien que, asustados, los empleados de la embajada de Colombia, optasen por entregar a Everitt a la masa para evitar males mayores, como podrían ser el que primero he mencionado, o posibles enfrentamientos de otro tipo. Por otro lado, si los empleados de la embajada colombiana entregan a Everitt a la ira de los zamoranos, está claro que Estados Unidos adoptará una actitud poco amable hacia Colombia.

—Es una interesante complicación, desde luego. ¿Cuál es la otra faceta del problema?

—Usted lo ha comprendido ya, por supuesto: está referido directamente a la CIA. ¿Quién ha delatado a Everitt? ¿Por qué lo ha hecho? ¿Se está preparando algo en Zamora, y por eso alguien ha hecho las cosas de modo que la CIA sea desarticulada e incluso desalojada del país?

—¿Qué ha estado haciendo la CIA hasta ahora en Zamora?

—Nada especial. Lo mismo que en otros países sudamericanos:

labor de captación en lo posible y de vigilancia y control de otras tendencias políticas, sociales y económicas.

—¿Ha ocurrido últimamente algo interesante o sorprendente en Zamora?

—Nada en absoluto…, que nosotros sepamos.

Brigitte Montfort se quedó mirando especulativamente a su jefe directo en Nueva York.

—¿Pero podría haber ocurrido algo sin que lo sepamos?

—¡Claro! Nadie puede controlarlo siempre todo, Brigitte. Y la prueba la tenemos en lo sucedido con Franklin Everitt. En definitiva, tenemos que atender inmediatamente esas dos vertientes. Cuando menos, esperamos la colaboración de usted en lo que afecta a la CIA.

—Desde luego. ¿Y qué pasará con Everitt?

—Habrá que pensar el modo de sacarlo de la embajada de Colombia. Y pronto. La mayor dificultad está en que no podemos llevarlo a nuestra embajada, ni a ninguna otra. Hay que sacarlo de Ciudad Zamora y de Zamora a toda prisa. No va a ser nada fácil.

—Podríamos pedir ayuda oficialmente al Gobierno de Zamora.

—Se ha pensado en eso, y suponemos que ellos están temiendo que lo hagamos. Pero no vamos a hacerlo. No podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque si el Gobierno de Zamora utiliza a sus fuerzas policiales o al Ejército, para proteger a Franklin Everitt, significa que emplearía zamoranos contra zamoranos. Eso sería absurdo, y naturalmente, muy impopular. Sobre todo, si tenemos en cuenta que la policía o el ejército serían utilizados contra el pueblo y a favor de un agente de la CIA, Las cosas se le pondrían complicar tanto al actual presidente y su gabinete que si se ven obligados a elegir entre enfrentarse a su gente o discutir con nosotros porque la masa popular haya linchado a un espía, la elección no parece que les vaya a ofrecer muchas dudas.

—Dejarían que linchasen a Everitt.

—Sí. Ya le he dicho que la situación está muy mal. Y no es tiempo lo que sobra. Tenga usted en cuenta que a cada segundo que pasa, la gente que rodea la embajada de Colombia está más cerca de perder definitivamente el control y asaltarla. Claro: lo primero que se diría sobre este asunto es que lo había originado un agente de la

CIA.

—Zambomba…, como diría Frankie. ¿Y qué hay de los demás Simones? Me refiero a todos los que estaban trabajando en Zamora a las órdenes de Everitt. ¿Les ha ocurrido algo?

—Por ahora, no. Y al parecer, permanecen en el anónimo.

—Eso quiere decir que podríamos utilizarlos, ¿no?

—Hasta el momento, parecen estar en condiciones de hacer algo. Naturalmente, son ellos los que están comunicando continuamente por radio cómo está la situación en Ciudad Zamora. Pero no pueden hacer nada en favor de su jefe, de Everitt. Su intervención sólo serviría para aumentar el desastre. Además, ¿qué podrían hacer media docena de hombres contra una turba furiosa?

—¿Están en Ciudad Zamora?

—Sí, claro. Se han reunido todos allí, y esperan instrucciones en cualquier sentido.

—¿De qué material disponemos en Zamora?

—Del habitual. Pero, claro está, podemos enviar allá todo lo que haga falta.

Brigitte asintió con la cabeza, y quedó pensativa. Tardó casi dos minutos en murmurar:

—Pero no entiendo por qué esta saña con Everitt. Al fin y al cabo es sólo un agente de la CIA, no el causante de todos los males del universo. Ni siquiera debe haber causado grandes perjuicios a los zamoranos, supongo.

—Ni grandes ni pequeños. Franklin Everitt es una buena persona que se ha estado dedicando a su labor de información secreta para la CIA sin cometer ninguna clase de abusos o de acciones que puedan ser consideradas… criminales, o algo parecido.

—Entonces…, ¿por qué ese empeño en matarlo? Bastaría expulsarlo del país, que es lo que está de moda hacer con los espías. Se les pone en un avión, y se les dice *por aquí no vuelvas*, y asunto liquidado. ¿Por qué ese empeño en matarle?

—No lo sabemos. Ni él tampoco. Pero, ciertamente, es sorprendente el empeño y la tenacidad de esa turba en matar a Everitt.

—¿Y si no fuese la masa? Quiero decir, ¿y si fuese la masa, pero dirigida, mentalizada por alguien que desea la muerte de Everitt sin dar la cara?

—¿De quién está usted hablando ahora? —Alzó las cejas Pitzer.

—No lo sé. Pero puede haber alguien que desee ver muerto a Everitt, y que se esté sirviendo de la estúpida masa, que sigue una consigna sin saber a ciencia cierta lo que está haciendo.

—Podría ser —reflexionó Pitzer—. Podría ser, sí. Pero, si alguien sabe eso, sólo puede ser Franklin Everitt…, o quien ha ordenado su muerte.

—¿Tenemos aquí el expediente personal de Everitt?

—No.

De nuevo quedó pensativa Brigitte durante más de un minuto. De pronto, se puso en pie.

—Voy a casa a preparar mi equipaje. Envíeme el helicóptero a la terraza, tío Charlie. Y avise a la Central de que voy para allá: que me tengan preparado el expediente de Everitt y cualquier combinación de vuelos internacionales que me permita llegar a Zamora mañana mismo. Aunque haya que recurrir a aviones privados, del ejército, de la CIA, o de quien sea. Mañana por la mañana quiero estar en Zamora.

Capítulo II

El reactor de Aeroméxico, procedente de Ciudad México, tomó tierra en el aeropuerto de Playa Larga, a diez kilómetros escasos de Ciudad Zamora, que se había visto en el aire transparente de la mañana, refulgiendo con extraordinaria blancura al sol, hacia el sur, como queriendo recibir en su bahía toda el agua del Pacífico.

Allí, en el aeropuerto de Playa Larga, un agente de la CIA estaba esperando a la agente Baby. Y supo que era ella en cuanto la vio. Sin el menor titubeo, se acercó a la bellísima pasajera de los grandiosos ojos azules, que llevaba un maletín rojo con florecillas de color parecido al de sus ojos; detrás de ella, un mozo del aeropuerto llevaba una sola maleta.

—¿Baby? —murmuró el agente de la CIA, colocándose junto a la divina pasajera.

—¡Hola, Simón! —Le miró ella sonriente—. ¿Tenemos coche?

—Claro que sí.

—¡Magnífico!

Simón se hizo cargo del equipaje de la señorita Montfort en cuanto hubieron salido del aeropuerto. Y poco después, en un viejo y polvoriento «Opel» enfilaban la carretera hacia Ciudad Zamora.

—¿Todo sigue igual? —se interesó Brigitte.

—Igual, pero demasiado tenso. Tenemos que encontrar la solución muy pronto. Si quiere que le diga mi opinión, dudo mucho que esa gente tenga paciencia más allá de esta noche. Sea como sea, sacarán a Franklin de la embajada de Colombia.

—Eso será si nosotros no lo sacamos antes.

—Sí, claro.

—¿Ha llegado el Segundo. Hombre?

—Llegó anoche mismo, procedente de Buenos Aires.

—¿Y qué opina de él, usted que conoce bien a Everitt?

—La verdad es que sí, que en cuanto a medidas físicas, el

Segundo Hombre es muy parecido a Everitt. Pero no tan parecido que pueda engañar a muchas personas, francamente.

—Eso se conseguirá de otro modo. La idea es que el Segundo Hombre tenga unas medidas anatómicas parecidas a las de Everitt, a fin de que a ambos les siente bien el disfraz que pedí en la Central al buen McGee.

—Es un plan arriesgado.

—¿Se le ocurre otro mejor, y que pueda realizarse con tanta rapidez?

—No.

—En ese caso, tendremos que poner en práctica el mío. ¿Se han puesto en contacto con los colombianos al respecto?

—Conseguí ver personalmente al señor embajador, simulando ser un periodista chileno. Por fortuna, a mí no me conocen en Zamora como a Franklin. No entiendo por qué lodo esto: incluso han repartido fotocopias de fotografía de él, lanzadas a la plaza desde un helicóptero.

—Están poniendo muy difícil la fuga, por lo que veo.

—Tal como están las cosas, usted y Franklin se van a jugar la vida de un modo en verdad temerario.

—Así parece. Supongo que desde la Central le avisaron del material que tenía que comprar aquí mismo. ¿Lo ha comprado?

—Sí. Ropa usada para un hombre de la estatura de Franklin y del Segundo Hombre, pero bastante más grueso que ellos. Todo lo necesario: traje, camisa, ropa interior, zapatos… Todo.

—De acuerdo. Arreglaremos eso de un modo definitivo cuando lleguemos a donde nos está esperando el Segundo Hombre. Dígame qué hablaron usted y el embajador colombiano.

—El hombre se avino a razones. Como es natural, se dio cuenta del peligro que entraña defraudar así a una masa de gente dispuesta a todo, pero, considerando despacio las consecuencias de esto, llegó a la conclusión de que era el menor de los males. Luego, organizamos la fuga de Franklin y la postura de los empleados de la embajada de Colombia.

—¿Cuál será, exactamente, esa postura?

—Bien. En cuanto Franklin y usted hayan escapado, el señor embajador seguirá nuestras sugerencias, es decir, dejará preparada una ventana del aposento donde tienen a Franklin, y luego dirá a

los empleados de la embajada que el norteamericano debe estar loco, pues ha saltado por la ventana para escapar, creyendo que de noche va a conseguir hacerlo. Ese empleado, que no sabrá la verdad, saldrá a avisar a la turba de que ya no deben seguir presionando en la embajada colombiana, pues Franklin Everitt ha escapado. Naturalmente, no le creerán, pero entonces intervendrá de nuevo el señor embajador, quien propondrá que un grupo de personas de las que están cercando la embajada entren con él para cerciorarse. Les dará toda clase de facilidades para registrar la embajada y convencerse de que, en efecto, Franklin ha escapado. Naturalmente, mientras tanto el Segundo Hombre estará por allí, pero nadie lo reconocerá, no lo relacionarán ni con Franklin Everitt ni con el hombre gordo que habrá entrado antes en compañía de una periodista mexicana. En definitiva. Franklin Everitt habrá escapado con usted; el Segundo Hombre regresará en cuanto le sea posible a Buenos Aires, nosotros seguiremos aquí esperando nuevas instrucciones, y la embajada de Colombia habrá quedado bien con nosotros por colaborar su embajador, y también quedará bien con el populacho que cerca la embajada al avisarles de que Franklin Everitt ha escapado; con esto, no le molestarán y él habrá sido hospitalario mientras Everitt habrá permanecido en su embajada. Pero, claro, una vez puesto en fuga Everitt, él ya no tiene por qué sostener el riesgo de que la masa asalte la embajada y cometa cualquier barbaridad con el personal empleado en ésta o con el propio edificio. Es decir, que todos contentos… y usted y Everitt alejándose de Zamora.

—Bien. Pero no olviden que yo volveré a ver qué es lo que realmente está sucediendo. Deberán estar todos ustedes preparados para intervenir si lo solicito. Y naturalmente, muy atentos en todo momento a mis posibles llamadas por radió.

—Sí, todo está claro.

—¿Vio usted a Everitt cuando estuvo a visitar al embajador de Colombia?

—No. Tanto al señor embajador como a mi nos pareció mejor que ningún empleado me relacionase en modo alguno con Franklin. No hay que desdeñar la posibilidad de que haya dentro de la embajada algún traidor.

—Esa es una raza que nunca se extinguirá, al parecer —

murmuró Baby—. ¿Pero sabe usted si Everitt está bien?

—Físicamente, según el señor embajador, está perfecto. Pero… Bueno, psíquicamente parece que puede tener en cualquier momento alguna alteración. Póngase en su lugar: está encerrado en un edificio sin defensa alguna, rodeado por algunos miles de personas que quieren hacerlo trizas. Como barrera entre esa masa y él, sólo los protocolos políticos de embajadas. Me imagino que Franklin preferiría tener como barrera unos cuantos cañones, mejor que esos protocolos.

Brigitte asintió. Luego, se quedó mirando el paisaje. Durante un par de kilómetros más, todavía estuvieron circulando flanqueados por altísimos árboles, pero muy monto los de la derecha desaparecieron, y Brigitte sonrió al ver el mar. La autopista que unía el aeropuerto de Playa Larga con Ciudad Zamora empalmaba también, un kilómetro antes de llegar a la capital, con la Panamericana. Hasta entonces, discurría a poquísima distancia de la playa, de arenas blancas y refulgentes. El mar estaba azul, el cielo limpio, el sol era radiante. Allí estaban, el sol y el mar: la vida misma. Para ella no había nada mejor. ¿Qué podía haber mejor que el sol, el mar, un libro y un amor?

Para ella, nada. Para muchas personas, siempre existía otra respuesta, la misma respuesta: el Poder.

Sólo que las personas que ansiaban el poder no se daban cuenta de que, con él, con el poder, jamás conseguirían mejorar el sol, el mar, el libro y el amor. Y entonces… ¿para qué querían tanto poder?

—¿Le gusta el mar? —preguntó Simón.

Brigitte *Baby* Montfort lo miró, y sonrió. Eso fue todo. Si Simón era buen entendedor, aquella sonrisa tenía que bastarle. Si no era buen entendedor, de nada serviría explicarle, con palabras, todo lo que ella sentía.

El agente de la CIA también sonrió, asintiendo con un gesto.

—Dentro de un minuto entraremos en Ciudad Zamora.

Veinte minutos más tarde, entraban en su apartamento sito en el cuarto piso de un discreto edificio cara al mar, en la Avenida Cortés. En el apartamento había solamente un hombre, leyendo una revista atrasada, sentado frente a la terraza, de modo que podía ver la bahía con sólo alzar la mirada. Se puso en pie al oírlos entrar, y

cuando aparecieron en el saloncito se quedó mirando fijamente a Baby, que se acercó a él y le tendió la mano.

—¿Cómo está, Simón?

—Muy bien, gracias —sonrió el Segundo Hombre.

—¿No está asustado?

—Supongo que lo razonable.

—Me parece acertado. Sólo los tontos no se asustan. Creo que lo mejor será que almorcemos. Luego, descansaremos un par de horas, y después nos dedicaremos a prepararlo a usted. ¿Le parece bien?

—Yo estoy descansado, pero a mí me parece bien todo lo que usted diga.

—Y a mí —rió Simón—. ¿Prepara usted el almuerzo o prefiere que lo prepare yo?

—Pues… Bueno, me parece que en beneficio de los tres, lo mejor será que lo prepare usted. Aunque si aceptan el riesgo, no tengo inconveniente en hacerlo yo.

—Puedo soportar un balazo —rió Simón—, pero detesto la mala cocina.

—Igual que yo —aseguró Baby.

Y esta vez, rieron los tres.

Hacia las seis de la tarde, el cambio en el aspecto físico era bien evidente en Baby y en el Segundo Hombre. Baby ya no tenía los ojos azules, sino oscuros, y su rostro aparecía algo más lleno, la nariz más ancha, el color de la tez más oscuro, el peinado diferente, recogido en un gran moño en la nuca.

En el Segundo Hombre el cambio era mayor. De ser un hombre de algo más de treinta años, Simón-Buenos Aires había pasado a ser un hombre de más de cincuenta, alto, gordo, un tanto encorvado de hombros, melenudo, de aspecto desalmado, con lentes de cristales verdosos… Los rellenos, afeites y postizos cumplían a la perfección su cometido. Cuando se quitase lodo aquello, nadie podría relacionarlo, jamás con el hombre gordo. Y tampoco nadie lo relacionaría con Franklin Everitt, pues éste era más bien rubio, y el Segundo Hombre, esto es, Simón-Buenos Aires, en su aspecto auténtico era moreno y de ojos oscuros.

Mientras iban acomodándose a su disfraz, Simón les había ido poniendo al corriente de cómo estaba la situación en líneas generales, y ofreciendo su opinión.

—… La embajada está completamente rodeada, pero puesto que el señor embajador dará la voz de alarma cuando sea de noche, todos podrán creer que, aprovechando la oscuridad, efectivamente Franklin ha escapado. Por lo demás, no debería haber problemas. Teniendo en cuenta que el señor embajador ya la está esperando a usted, será recibida en el acto. Lo molesto será cruzar toda esa masa de personas que cercan la embajada, pero hay que hacerlo…

—Eso no tiene importancia —aseguró Brigitte—. Siempre y cuando nosotros tengamos cuidado con nuestros disfraces. Todo se complicaría muchísimo si usted perdiese la peluca, Simón, por ejemplo.

El Segundo Hombre movió la cabeza.

—No se preocupe.

Diciendo esto, el Segundo Hombre se colgó de un hombro una cámara fotográfica con teleobjetivo, y en el otro la caja del *flash*. Brigitte miró a Simón.

—¿Todo el material está preparado?

—Absolutamente todo. No tema el menor fallo en ese sentido, Baby.

—Bien —sonrió la espía—. Según parece, no podemos tallar, así que… ¿qué estamos esperando?

Capítulo III

Franklin Everitt tenía treinta y ocho años, era alto y atlético, sus facciones eran enérgicas y hermosas, su frente despejada, sus ojos azules, sus cabellos rubios… lira un hombre que forzosamente debía conseguir que las mujeres se quedasen mirándolo como fascinadas.

Sólo que, en aquellos momentos, Franklin Everitt no estaba en un estado de ánimo propicio para pensar en aquellas cosas. Lo que estaba en juego era su vida, y por más que pensaba y pensaba, no podía encontrar una solución a su problema. Un problema tan grave que a decir verdad, casi valía más pegarse un tiro en la sien y terminar de una vez. Al menos, se ahorraría horas, o días, o quizá semanas de angustia.

Pero, esto de pegarse un tiro en la cabeza es cosa que se puede decir muy fácilmente, pero a la que no es fácil decidirse. A fin de cuentas, lo único que se tiene en la vida, es la Vida, y si se pierde ésta, no es que se haya solucionado un problema, sino que todo ha terminado, para siempre. Fin.

Y eso era demasiado. Siempre había que conservar una esperanza de vivir. De vivir, que era, a fin de cuentas, lo único que importaba.

Everitt estaba tumbado en la cama de aquella habitación interior de la embajada colombiana, cuando se abrió la puerta. El espía americano saltó de la cama, palideciendo y sacando la pistola de su funda axilar con la misma rapidez. Pero, la primera persona que vio fue al embajador, don Genaro Huerta, así que se relajó un poco, pero no guardó la pistola, sino que miró a las dos personas que aparecían detrás de don Genaro.

—Son de la CIA, señor Everitt —susurró Huerta.

Franklin desvió un instante la mirada hacia el colombiano; sólo un instante, porque enseguida volvió a mirar a los recién llegados. Su mirada quedó fija en la hermosa mujer de grandes ojos oscuros,

que sonreían. El proceso mental fue rapidísimo en la mente de Everitt. Vaciló apenas un par de segundos, antes de murmurar tímidamente:

—¿Baby?

—Sí —asintió ella.

—Dios. ¡No puedo creerlo! ¿La han enviado a usted a sacarme de aquí?

—Así es.

—¡No han debido hacerlo! ¡Ni siquiera usted puede conseguirlo! ¡Y no quiero que por mi culpa…!

—Tranquilícese. No hace falta que le diga que el hombre que me acompaña es un Simón, ¿verdad?

—No… No hace falta, claro. ¡Hola! —saludó al Segundo Hombre.

—¡Hola! —sonrió éste—. Será mejor que empiece a desnudarse, Everitt.

Franklin Everitt parpadeó. Miró a sus dos compañeros de la CIA, y luego a don Genaro Huerta, que encogió los hombros, y dijo:

—Los dejo solos. Volveré dentro de quince minutos.

La puerta se cerró. En el dormitorio quedaron solos los tres agentes de la CIA. El Segundo Hombre estaba ya despojándose de su disfraz, ante la interesada e inquieta mirada de Everitt, que de nuevo volvió a mirar a Baby.

—Estoy segura de que ya ha entendido de qué se trata —dijo ella—. Por favor, desnúdese. No es tiempo lo que nos sobra. Va a anochecer antes de cinco minutos, y en cuanto sea oscuro, esa gente de ahí fuera puede tomar decisiones terribles.

—No lo conseguiremos —Jadeó Everitt—. ¡No es posible!

—No diga tonterías. ¡Vamos, vamos, Everitt!

—Es una locura…

—La locura es dejarlo aquí y consentir que puedan producirse toda una gran serie de complicaciones. Yo creo que ya hemos abusado demasiado de la embajada de Colombia. Y por otra parte, si se queda es seguro que lo linchan. En cambio, si se disfraza usted con estas ropas, tendrá nueve probabilidades entre diez de salir con bien de la situación. ¿Qué le parece?

—Me he jugado la vida muchas veces con menos porcentaje a favor —sonrió de pronto Everitt.

Comenzó a desnudarse rápidamente. Junto a él, el Segundo Hombre iba colocando cuidadosamente las ropas y los postizos. Baby sacó de su maletín unas sandalias masculinas, unos pantalones y una bonita camisa de colores, muy elegante y fresca. El Segundo Hombre se puso todo esto en cuanto se hubo quitado las otras ropas, y luego se dedicó a ayudar a Franklin Everitt. Baby miró su relojito de platino y brillantes.

—Me pareció entender que Everitt tema ventana al exterior —musitó—, pero supongo que entendí mal, simplemente. Bueno, de todos modos, hay habitaciones al otro lado del pasillo que sí deben dar al exterior, así que será una de ésas las que abra el embajador. ¿Cómo se siente, Everitt?

Mejor por momentos. Pero he pasado unos días horribles. La verdad es que estaba pensando en pegarme un tiro.

—Eso es una idiotez.

—Sí, lo es.

—¿De qué se trata, exactamente? ¿Por qué ese empeño tan furioso por parte del populacho en matarlo? ¿Qué ha podido hacer usted que haya provocado este intenso odio colectivo?

—¡Qué demonios! ¡Yo no he hecho nada!

—Pues tendría que ver a la gente de ahí fuera. No ha sido fácil cruzar el círculo. Ni agradable. Están tan enfurecidos, que lo sorprendente es que no hayan tomado ya la embajada por asalto. ¿Tampoco tiene idea de quién ha podido delatarlo?

—No.

—¿Se atrevería a desconfiar de alguno de los nuestros?

Everitt se detuvo y estuvo unos segundos mirando fijamente a Baby. Por fin, movió la cabeza negativamente, en silenció, y continuó vistiéndose, es decir, disfrazándose.

—Quizá lo haya delatado algún agente ruso —murmuró la divina—. O chino. ¿Le parece probable?

—No lo sé. De todos modos, si los rusos, los chinos, o cualquiera otros querían eliminarme, no tenían por qué complicar tanto las cosas.

—Sí… Eso pienso yo. Le bastaba dispararle un tiro en la nuca, y asunto terminado. No entiendo por qué han mezclado al pueblo en esto. Es evidente que se proponen algo, y que lo de usted puede ser tan sólo un pretexto para ir preparando los ánimos con vistas a

determinados planes. ¿No se le ocurre nada?

—Nada en absoluto.

—¿Cómo está exactamente la situación política del país?

—¿La situación…? Yo diría que normal.

—¿No hay descontentos?

Everitt se quedó mirando pasmado a Brigitte, antes de soltar una seca carcajada.

—¡Vaya pregunta! ¡Claro que hay descontentos, como en todas partes! Raimundo Serena es el presidente de Zamora, y unos lo quieren mucho, otros no lo quieren nada, y otros lo aceptan sin más complicaciones, ni apasionamientos. ¿Descontentos? Claro que sí, pero si va a pedirme nombres, personas concretas, no voy a poder informarle.

—Su trabajo aquí consistía en saber estas cosas, Everitt.

—Sí. Pero, ¿cómo puedo saber algo que no veo? Apuesto a que en Zamora hay agentes de otros servicios, no sólo rusos y chinos, pero le apuesto también a que no saben más que yo.

—¿Y a ellos nadie les molesta, nadie quiere matarlos?

—Que yo sepa, y hasta ahora, no.

—¿Y por qué a usted sí?

—¡Le digo que no lo sé!

—¿No ha hecho usted nada, Simón? —Utilizó expresamente este nombre Brigitte—. A mí no tendría por qué mentirme. De todos modos, estaría de su parte, pero lo menos que merezco es la verdad. ¿No ha hecho usted nada, no ha intentado ninguna maniobra de tipo personal, incluso, que haya podido molestar a alguien?

—No. Al menos, que yo sepa. Y le aseguro que estos dos días me los he pasado pensando en lo que está sucediendo. No sé quién me ha delatado, ni con qué objeto, ni por qué el populacho se manifiesta con tal furia contra mí… ¡De verdad que no lo entiendo! Soy sólo un espía como otro cualquiera de los muchos que hay en este país, y en todo el mundo.

—Está bien. Tarde o temprano sabremos la verdad. Ahora, vamos a separarnos y a concentrarnos en un objetivo único: salir de aquí.

—¿Qué pasará luego, cuando nosotros hayamos salido?

—Olvídelo. Eso ya está convenido con el embajador. Pensemos solamente en nuestra fuga; no nos distraigamos con nada más.

—Tiene razón.

Cuando don Genaro Huerta regresó a la habitación, Franklin estaba ya completamente caracterizado, y, pese a que Huerta lo sabía, miró con pasmo a Simón-Buenos Aires, y luego a Everitt, que había ocupado la personalidad del sujeto alto, gordo, con gafas y cargado con equipo fotográfico.

—Es increíble —murmuró.

—Esperemos que nadie se dé cuenta —murmuró Baby—-. Bien, ya es noche cerrada, así que todo lo que sea demorar la salida sólo significa aumentar los riesgos. ¿Preparado, Everitt?

—Cuando guste —asintió Everitt, con voz tensa.

Brigitte *Baby* Montfort se acercó a Simón-Buenos Aires, le puso las manos en los hombros, y lo besó en ambas mejillas.

—Mucho cuidado, Simón. Simplemente, salga de aquí y regrese a su puesto. ¿Sí?

El agente de la CIA tragó saliva, y asintió, sonriendo. Así era la vida. Tanto tiempo esperando la oportunidad de trabajar con la agente Baby, y cuando llega la ocasión es porque sus características físicas se adaptan a un disfraz que debe irle a la medida a otro hombre, mientras que él se queda tan sólo en el Segundo Hombre…

—Buena suerte —le sonrió Baby.

Se volvió hacia Everitt, y le hizo una seña. Salieron los dos, tranquilamente. Recorrieron el pasillo del piso alto, donde estaban los dormitorios, y descendieron por la amplia escalinata que conducía al vestíbulo de la planta baja. Allí se oía ya el rumor de voces, gritos, de la gran masa que se iba impacientando. En cualquier momento podía suceder lo que no había sucedido la noche anterior: podía aparecer alguien que tuviese don de mando e iniciativa, y acabar de excitar a la masa para lanzarla a la toma, por la fuerza, de la embajada de Colombia.

Cuando Genaro Huerta abrió la gran puerta, el griterío de la multitud fue casi tangible, y Everitt retrocedió un paso, por instinto. Baby se colocó a su lado y le tomó de una mano.

—Salgamos. Con naturalidad.

Se volvió para despedirse del embajador. El griterío era tal, que no podían oírse uno a otro, así que tuvieron que resignarse a los gestos. Huerta cerró la puerta, y Baby y Everitt se dirigieron hacia las verjas. Dentro del pequeño recinto ajardinado habían agentes de

la policía, con su blanco uniforme y gorra azul. Por supuesto, bien armados, pero era fácil comprender que aquellas armas habrían de servirles bien poco si la gente se decidía a atacar, y esto, suponiendo que se atreviesen a disparar contra sus compatriotas para salvar la vida a un yanqui espía. Brigitte miró de reojo a Franklin Everitt, y vio cómo el sudor se deslizaba por su rostro, apareciendo copiosamente por debajo de la peluca postiza. Everitt llevaba una mano, la izquierda, crispada sobre la máquina que pendía de su hombro, y la derecha sobre el pecho. Si se le ocurría sacar la pistola, podían darse los dos por linchados.

Las verjas fueron abiertas lo justo para que saliesen la pareja de «periodistas mexicanos», que fueron recibidos con un griterío aún mayor. Unos cuantos hombres de las primeras filas se acercaron a Brigitte y Everitt, y comenzaron a hacerles preguntas sobre el yanqui. ¿Estaba allí dentro? ¿Cómo estaba? ¿Estaba armado? ¿Qué declaraciones había hecho? ¿No pensaba entregarse?

Mientras el sudor se convertía en puros chorros en el rustro de Franklin Everitt, la periodista mexicana que dijo llamarse Margarita Lucientes, iba contestando las preguntas con buen talante y fácil sonrisa, que dio a entender a la turba que ella estaba de su parte, pero que tenía que trabajar. Hubo un momento en que todo pareció perdido: el copiosísimo sudor entró en los ojos de Everitt, y le molestó tanto, que tuvo que frotárselos con un pañuelo. Al hacer esto, una de las lentillas de contacto que daban la tonalidad oscura a sus ojos, se desplazó, ocasionándole una viva molestia y una desorientación en la marcha. Una mano de Margarita Lucientes asió de un brazo a Everitt, y tiró de él, con suavidad.

—¡Por favor! —pedía—. ¡Ya les he dicho todo lo importante, de verdad! ¡Mañana espero publicar mi artículo en *El Liberal*, allí podrán leerlo todo…!

—¡Ya que a ella la dejan entrar, démosle una pistola y que vuelva allá dentro a matar al yanqui! —Oyó.

Margarita miró directamente al hombre que había dicho esto, y que se hallaba a su izquierda. El hombre: iba a gritar de nuevo, pero se dio cuenta de aquella mirada, de aquella extraña mirada, y enmudeció.

—Yo no soy zamorana, sino mexicana —dijo Margarita—. Eso es cosa de ustedes. Por favor, permítannos regresar al hotel. Por favor.

Mientras decía esto, Margarita miraba al hombre que había sugerido que ella fuese a matar a Everitt. No era como los demás, no parecía formar parte de la muchedumbre populachera, sino que su aspecto era más cuidado, más pulcro, más intelectual… Apenas pudo verlo un par de segundos, porque el hombre reaccionó ante aquella mirada directa desapareciendo rápidamente hacia atrás, entre las demás personas.

Finalmente, consiguieron dejar atrás el densísimo círculo que rodeaba la embajada de Colombia. Incluso en la frente de Margarita brotaba ya en abundancia el sudor, la transpiración copiosa, que se deslizaba por las mejillas, el cuello, la espalda. Pero siguió caminando sin alterarse, sin soltar la mano de Everitt, sin soltar su maletín, que sostenía con la otra.

Dos minutos más tarde, llegaban junto al coche. Ella no sabía aún cuál era, pero lo supo cuando, apenas aparecer por la esquina, vio a un hombre encendiendo un cigarrillo apoyado en un coche. Después de encender el cigarrillo, simplemente, el hombre se alejó. Los dos espías fueron allá, ella se sentó ante el volante, y esperó a que Everitt se sentase a su derecha. Por supuesto, las llaves estaban en el contacto. Margarita puso el motor en marcha.

—Hay un plano en la guantera —dijo—. La ruta que tenemos que seguir, después de salir de la ciudad, está señalada con lápiz rojo. Usted conoce bien el país, así que dígame por dónde salgo de la ciudad para seguir esa ruta. ¿O prefiere conducir usted?

—Creo que será mejor que de momento lo haga usted mientras yo echo un vistazo al plano.

—Bien pensado.

Puso el coche en marcha. Everitt miraba hacia atrás, vuelto en el asiento. Parecía que se hubiese metido en una ducha. Se pasó una manga por la frente, con tal fuerza, que ladeó la peluca postiza. Se la colocó bien, y suspiró profundamente. La lentilla ya no le causaba molestia.

—¡Dios! —jadeó—. Lo hemos conseguido. ¡Lo hemos conseguido!

Solamente quince minutos más tarde, ya conduciendo Everitt, llegaron al lugar donde estaba esperando el helicóptero, metido en una pequeña hondonada llena de matorrales. Siguiendo las indicaciones de Margarita, Everitt hizo unas señales con los faros.

Abajo destelló una luz más pequeña.

—Bajemos —señaló ella.

Se cruzaron con un hombre que no dijo ni una palabra. Sólo miró a Margarita, como queriendo grabar su imagen en su mente, pese a que no disponía de más luz que la de la luna llena. El hombre siguió trepando hacia la carretera, haciendo rodar algunas piedras. Cuando oyeron el rumor del motor del coche al ser puesto de nuevo en marcha por aquel hombre, Margarita y Everitt habían visto ya el helicóptero. Hubo un destello de las luces del coche, oyeron su fuerte rugido, y luego el rumor se fue perdiendo en la distancia.

—Esto ha tenido que prepararlo usted —murmuró Everitt.

—Esto, lo hemos preparado todos sus compañeros de la CIA, Franklin.

—¿Qué importa eso?

Subieron al helicóptero. Baby decidió pilotarlo ella. A fin de cuentas, todo era ya muy fácil. Lo único que tenían que hacer era volar hacia el norte, unos mil kilómetros. Recorrida esa distancia, se encontraría sobre territorio peruano; o sobre mar peruano, lo mismo daba.

—¿Hasta dónde tenemos que ir con el helicóptero?

—Salvo imprevistos, la idea es llegar a Guayaquil. Desde allí, todo será mucho más fácil. Posiblemente, ya podremos separarnos, y seguir el viaje por líneas regulares aéreas. Por supuesto, tenemos dinero y documentaciones a elegir, así como ropa, armas y otras pequeñas cosas en esa maleta que hay ahí detrás, así que no vamos a tener grandes problemas.

—Sólo recorrer mil kilómetros.

—¿Qué importa? Llevamos repuesto de combustible en recipientes especiales ahí atrás, así que sólo tendremos que aterrizar y rellenar el depósito cuando sea necesario. De un modo u otro, antes del amanecer habremos llegado a Guayaquil.

—Esperemos que sea así.

Brigitte le miró con el ceño fruncido, pero acabó por encoger los hombros. Segundos después, el helicóptero se elevaba, y emprendía su vuelo hacia el norte, a una velocidad media de doscientos kilómetros por hora. Tenían, pues, cinco horas de viaje antes de llegar a Guayaquil. Pero, evidentemente, el amanecer tardaría

bastante más de cinco horas, así que no había problema.

No, no había problema…, en aquel momento.

El problema apareció casi dos horas más tarde, cuando habían recorrido algo más de trescientos cincuenta kilómetros y parecía que todo iba estupendamente. Sí, fue entonces, algo más tarde de la medianoche, cuando aparecieron los tres aviones. Procedían del norte, y su llegada, su aparición, fue tan brusca que los dos agentes de la CIA los vieron a la vez, y se sobresaltaron. Eran tres aviones pequeños, que Baby identificó enseguida:

—Son cazas; y vienen a por nosotros.

—No es posible…

—Es perfectamente posible. Han comprendido que hemos escapado de la ciudad, y han avisado a varios aeropuertos militares, y, sin duda, también a otros acuartelamientos para que controlen todo movimiento.

—Pero no pueden ser de las Fuerzas Aéreas de Zamora. No nos han ayudado, pero tampoco tienen por qué ponerse contra nosotros.

—Eso es exactamente, lo que yo estaba pensando. En fin, quizá me equivoque.

Los tres cazas habían pasado con tremendo estampido y a gran velocidad por encima del helicóptero, y parecía que los ignorasen, que fuesen a proseguir su vuelo hacia el sur. O simplemente, que ni siquiera los habían visto, cuando la pequeña luz piloto de la radio del helicóptero se encendió. Baby bajó la palanquita de contacto. En el acto se oyó la voz, seca, autoritaria, en español:

—… estamos pidiendo su identificación. Identifíquense inmediatamente o los derribaremos.

Everitt había vuelto la cabeza. Muy lejos, pudo ver las luces de los tres cazas, y el brillo de su fuselaje reluciendo intensamente a la luz de la luna. Relucía tanto, que tenían que estar los tres aviones completamente expuestos de lleno a la luz lunar. Esto es, que estaba virando.

—Vuelven a por nosotros —advirtió.

Margarita Lucientes apretó los labios. Eso fue todo. En la radio sonó de nuevo la misma voz:

—Por tercera y última vez: ahora exigimos la inmediata identificación. Si dentro de tres segundos no se han identificado, los vamos a derribar.

Baby se limitó a subir la palanquita, con lo que la comunicación se cortó. Simón la miró vivamente.

—Quizá deberíamos intentar convencerles de que…

—Todo lo que digamos será inútil. De un modo u otro, nos exigirían que aterrizásemos en un lugar donde nuestra identificación pudiese ser comprobada. Tenemos que escapar.

—¡Escapar a tres cazas del ejército zamorano! ¡Y esto en un helicóptero cuya velocidad es la tercera parte de cualquiera de esos aviones! ¡Dígame cómo piensa conseguir eso!

Baby dirigió una mirada al retrovisor. Pudo ver perfectamente la formación de los tres cazas como enormes estrellas acercándose a ellos. De pronto, aparecieron los puntos rojos en los aviones perseguidores. Por encima de ellos, el cielo pareció llenarse de trallazos tremendos y de silbidos.

—¡Nos están ametrallando! —Gritó Everitt—. ¡Debernos comunicarnos por la radio con ellos y decirles…!

Se calló presa del más grande espanto. El estómago pareció subirle de un salto a la boca, en espantosa náusea. El helicóptero estaba descendiendo a tal velocidad, que parecía inevitable que se estrellase en el bosque que tenían debajo. La siguiente sensación de Franklin Everitt fue la de un horrendo vacío en el estómago, cuando de pronto el helicóptero dejó de bajar y volvió a volar paralelamente al suelo, mientras los tres cazas pasaban por encima de ellos, muy por encima, con fragoroso estampido.

—¡Dios…! —jadeó Everitt.

—Nos hemos descolgado un poco —lo miró un instante Margarita Lucientes—. Lo justo para estar seguros de que las balas no nos alcanzarían, por esta vez.

—Van a volver enseguida…

—Desde luego. Pero no se preocupe: no nos harán daño.

Everitt optó por no responder. Miró hacia los cazas, ahora por delante de ellos, virando nuevamente. Luego, miró hacia abajo, y vio las copas de los árboles del espeso bosque de alta montaña. En cambio, a la izquierda, en la transparente noche se veía el mar a una distancia que no podía precisar. Tres o, cuatro millas, quizá. Era una mancha negra salpicada de plata.

Mientras tanto, otras tres manchas de plata regresaban hacia ellos. Y en seguida comenzaron a aparecer los puntos rojos de los

disparos de las ametralladoras. De nuevo el aire se llenó de trallazos tremendos y de silbidos. El helicóptero pareció, un instante, sacudido como por una mano gigante. Los dos espías comprendieron al mismo tiempo que había sido una sola bala, rebotando, seguramente, en el tren de aterrizaje.

La nueva caída en vertical ya no pilló tan desprevenido a Everitt, pero no pudo evitar otra vez el vacío en el estómago. La caída, de más de cincuenta metros, era terrible, increíble. De nuevo sorprendió y engañó a los pilotos de los cazas. Everitt miró a Baby, y vio su pálido rostro contraído, sus grandiosos ojos muy abiertos, fijos en las copas de los árboles del densísimo bosque. Ella lo miró de pronto, después que los tres cazas hubieron vuelto a pasar sobre ellos.

—Mire si encuentra algún claro para aterrizar, Simón. De lo contrario, tendremos que hacerlo en las copas de los árboles.

Everitt asintió. Como suele decirse, tenía el corazón en un puño, y estaba comprendiendo, justo en aquel momento, el porqué de la larga supervivencia de aquella mujer como espía internacional: seguramente estaba tan asustada como él, pero su serenidad era infinitamente mayor. Tanta, que. Everitt se sintió de pronto contagiado de ella, y asintió con la cabeza. Si Baby decía que nada les iba a ocurrir, y que podían «aterrizar» en la copa de uno de aquellos gigantescos árboles, era que podía lograrse.

Volvió la cabeza, y de nuevo vio a los cazas virando para regresar. Engañarlos por tercera vez ya sería demasiado. Miró a Baby una vez más, y comprendió por su expresión que ella estaba pensando lo mismo.

—¡Agárrese bien! —indicó Margarita.

El helicóptero descendió, ya decididamente, hacia las copas de los árboles. Segundos después, todo el aparato estaba rodeado de crujidos fortísimos. Baby había parado las aspas, y ahora, el helicóptero, ya sobre uno de los árboles, descendía por su propio peso rompiendo las ramas, una de las cuales penetró por la ventanilla del lado de Everitt, rompiéndolo todo, y fue a clavarse en el techo, de abajo a arriba, de tal modo que el aparato quedó suspendido, colgado como una jaula en lo alto del enorme árbol. Por encima de él, algunas ramas se cerraron, la luz de la luna pareció penetrar en fríos chorros quebradizos. El helicóptero quedó

de lado, quieto por fin, mientras por encima de ellos, ahora nítidamente al no oír el rumor del helicóptero, Margarita y Everitt oían el paso de los tres cazas.

—Se han desconcertado de nuevo —sonó claramente la voz de Baby—. Ni siquiera han podido disparar esta vez. Pero ahora van a volver, y ametrallarán todo este sector, así que hemos de salir del aparato enseguida. Coja la maleta, Franklin.

—Sí… Sí. Pero… ¿cómo vamos a bajar?

—Sólo hay un modo de hacerlo: como podamos. Deje caer la maleta y use las dos manos para agarrarse bien.

Margarita salió del helicóptero, y dejó caer el maletín, escuchando atentamente su caída. Calculó que estaban a unos quince metros del suelo, a juzgar por el tiempo que tardó en dejar de oír los golpes del maletín contra ramas y el tronco. La distancia fue confirmada por la caída de la maleta. Luego, los dos iniciaron el descenso, agarrándose a las ramas como podían, sin saber exactamente más que una cosa: que iban hacia abajo, hacia tierra firme.

Apenas iniciado el descenso, los cazas volvieron a pasar por encima, ametrallándolo todo, arrancando hojas y ramas, rebotando las balas por todas partes, silbando agudamente, o vibrando el rebotar en el camuflado helicóptero. Cuando el ametrallamiento terminó, los dos espías, que se habían encogido pegados a un grueso tronco, reanudaron el descenso. Hasta que, de pronto, bajo sus pies no encontraron ya nada.

Por encima de ellos, acercándose de nuevo, los tres cazas.

—Ya sólo queda tronco —dijo Baby—. Debemos estar en una rama muy gruesa. No creo que haya mucha distancia hasta el suelo.

—Es una imprudencia saltar sin conocer la distancia ni dónde vamos a caer —dijo Everitt—, podemos rompernos una pierna, y entonces todo estará perdido.

Brigitte asintió. Arriba, los cazas volvieron a disparar. Y de pronto, sobre sus cabezas, los dos espías notaron el intenso calor, el estallido, y apareció la intensa luz roja que los envolvió súbitamente, convirtiéndolos en extrañas figuras. Desde lo alto del árbol, chorros de combustible incendiado caían hacia todos lados, y un gran rumor de fuego los ensordeció.

Fue todo tan rápido, que ni siquiera tuvieron tiempo de hablar.

Ni lo desearon, ni se les ocurrió perder el tiempo en ello. Al ser alcanzado el helicóptero e incendiarse el combustible, la luz roja de éste les reveló que estaban a menos de dos metros y medio del suelo, y ninguno de los dos vaciló. Se suspendieron con ambas manos de la gruesa rama, y se dejaron caer, reducida ya la distancia a poco más de un metro. Brigitte Montfort cayó casi sobre la maleta, que agarró inmediatamente, y corrió alejándose del árbol, pasando junto a su maletín. Se inclinó y lo recogió, también, reanudando la marcha en seguida. Everitt apareció junto a ella y le quitó la maleta de la mano… Por detrás de ellos, el árbol se estaba convirtiendo en una gigantesca antorcha que continuaba desparramando fuego y luz roja hacia todos lados.

Capítulo IV

El primer rayo de sol dio en el rostro de Baby, que abrió, en el acto, los ojos. Estaba acurrucada de lado en el suelo, cerca de un grupo de arbustos; pegado a ella, estaba Franklin Everitt. Casi abrazados, dándose calor uno al otro, con las ropas de la maleta por encima, de cualquier manera, y la vacía maleta, abierta y colocada al revés encima dé ellos. Pese a todo, Margarita Lucientes estaba aterida, como petrificada de frío.

El rayo de sol pasaba por encima de una oreja de Everitt y le daba, a ella, en el rostro. Primero, parpadeo: luego, sonrió, cerró de nuevo los ojos, y estuvo así dos o tres minutos, notando el levísimo calor solar en sus facciones rígidas por el frío.

Por fin, abrió de nuevo los ojos, y se movió apenas.

—Franklin —llamó quedamente.

Everitt abrió en el acto los ojos, prácticamente sin sobresalto. Baby los miraba, y vio en ellos el velocísimo proceso por el que el agente de la CIA se situaba: ni siquiera duro medio segundo. Se quedaron mirándose, tan de cerca, y por fin, Everitt sonrió.

—¡Buenos días!

—Por fortuna, así será —asintió Margarita—. Vamos a tener un sol maravilloso, que nos quitará el frío de los huesos. Yo estoy helada. ¿Y usted?

—Todavía no lo sé.

—Pues vamos a movernos, a ver qué pasa.

No pasó nada, naturalmente, salvo que entraron un poco en calor. El sol, mientras tanto, se iba elevando.

Ya no era tan rojo. Iba palideciendo, pero calentando.

—Daría cualquier cosa por una taza de café dijo Everitt.

—No puedo invitarlo a café —movió la cabeza Baby—, pero…, ¿qué le parecería una buena ración de pollo asado? ¿O quizá prefiere ternera en su jugo?

—Es una buena broma —masculló Everitt.

Margarita sonrió, y abrió su maletín. Del interior de un tarro de crema facial sacó una tira de aluminio cerrada herméticamente conteniendo pequeños objetos que parecían botones. Hizo presión en dos de ellos, y el papel de aluminio se rompió, dejando caer dos pastillas. Ofreció una a Everitt, y ella se tragó la otra, tras pasarle delicadamente la lengua por encima y decir:

—A mí me ha tocado ternera.

Everitt probó la pastilla, y casi se echó a reír.

—Creo que esto es pollo. ¿Incluso esto tenía previsto?

—No. Esto, no. Simplemente, siempre llevo cosas de éstas, en mi maletín.

Everitt se limitó a mover la cabeza con gesto admirativo. Luego, se dedicaron los dos a recoger las ropas con las que tan escasamente se habían cubierto durante la noche. Ropas, zapatos, pelucas, dinero, pasaportes, dos pistolas, cargadores…, y un suplemento para la radio de Baby, con el cual, las iniciales cincuenta millas de alcance podían convertirse en ciento cincuenta. Baby sacó su pequeña radio del maletín, y le acoplo el suplemento, dispuesta a buscar contacto con Simón-Zamora. Si se habían enterado de lo sucedido, quizá hubiesen partido hacia el Norte con el coche, por si todavía podían ayudarlos…

—¿Le parece prudente llamar? —pregunto Everitt.

—¿Por qué no?

—Quizá no sean, precisamente, nuestros compañeros, quienes capten la llamada.

—En nuestra onda especial, sí.

—A estas horas, nuestros enemigos va deben saber que estamos vivos y huyendo —insistió Everitt—. Por supuesto, deben haber llegado a donde está el helicóptero, y no habrán encontrado nuestros cuerpos carbonizados, así que la conclusión les será fácil de obtener Nos deben estar buscando por las montañas, y también por las carreteras altas y por las de la costa, claro está. Llamar me parece una imprudencia, francamente.

—No en nuestra onda especial —dijo con firmeza Baby.

Llamó por la radio, pero no obtuvo respuesta alguna. Hubo un par de ocasiones en que le pareció efectuar contacto, pero no fue así, en definitiva. Simón no respondía. Lo cual indicaba que, o no se

había enterado de lo sucedido al helicóptero, o no podía llegar, con el coche hasta allí… o había llegado a la conclusión de que Everitt y Baby habían muerto. En cuyo caso, se habría apresurado a enviar el correspondiente mensaje a Washington.

—Tenemos que buscar contacto, cuanto antes —dijo Baby—. De lo contrario, van a darnos por muertos en la Central, y quizá eso complicaría mucho las cosas.

—Si los nuestros se enteran de que nos están buscando, sabrán que estamos vivos, y, por lo tanto, no habrán complicaciones. En cambio, sí podemos tener complicaciones nosotros si usted sigue utilizando esa radio.

Baby frunció el ceño, y permaneció unos segundos reflexionando, antes de asentir.

—Me parece que tiene usted razón, Franklin. Por lo tanto, vamos a ocuparnos exclusivamente de nosotros, del modo de seguir viaje hacia el Norte. Ahí tiene un mapa, a gran escala, de Zamora. ¿Qué ruta le parece la mejor?

Everitt la miraba incrédulamente.

—¿Pretende usted hacer seiscientos kilómetros a pie?

—Encontraremos algún medio de transporte.

—Estarán vigilándolo todo: tierra, mar y aire.

—No importa. Nosotros llegaremos a Guayaquil, se lo garantizo. Por el momento, cambiaremos de aspecto, y con eso conseguiremos alejarnos una buena distancia. Por diversos procedimientos iremos recorriendo el resto del camino.

Everitt, que parecía dispuesto a discutir esto muy largamente, sonrió, de pronto, encogió los hombros, y tomó el mapa. En cinco o seis minutos decidieron la ruta a seguir, por la costa. Por la costa, por dos motivos. Uno, que el mar le gustaba mucho a Baby. Dos, que tener el mar cerca era disponer de una segunda vía de escape, aunque fuese nadando o utilizando cualquier barquita.

Luego, procedieron al cambio de aspecto y de ropas. Respecto a éstas, era forzoso, pues habían quedado desgarradas las anteriores, cuando descendieron del árbol sobre el cual ardió el helicóptero. En cuanto al aspecto físico, Baby se limitó a ponerse una peluca rubia, y prescindir de lentillas de contacto. Everitt prescindió de rellenos, lentes, peluca… Baby disponía de tinte para el cabello, con el cual podía ocultar sus rubias greñas, pero necesitaban agua para eso, y

decidieron buscarla.

Encontraron el agua hacia el mediodía: un insignificante arroyo que se dirigía hacia la playa, muy cercana. Apenas debía distar del lugar que eligieron para el teñido de cabellos de Everitt, unos quinientos metros. Y entre la playa y ellos, la carretera Nacional 2, por la que pasaban toda clase de vehículos, con toda normalidad.

El calor era tan intenso a aquella hora, y además al nivel del mar, que decidieron descansar dos o tres horas a la sombra. Buscaron un lugar discreto, y se dispusieron a dormir la siesta. Quizá aquella noche no podrían dormir, así que cuanto más descansados estuviesen, mejor.

Everitt estaba ya casi dormido cuando Baby murmuró:

—Hay una cosa que me tiene preocupada: ¿cómo sabían que nosotros estábamos escapando en un helicóptero?

—No debían saberlo. Simplemente, decidieron vigilar el espacio aéreo de modo especial. Y también deben estar vigilando el mar, y todas las carreteras.

—Sí… Claro.

Estuvieron descansando hasta algo más tarde de las cuatro. Luego, tranquilos con su aspecto tan diferente al de la periodista mexicana Margarita Lucientes y al del espía americano Franklin Everitt, decidieron proseguir el viaje en coche. Así que se acercaron a la carretera, dejaron la maleta en el arcén, y comenzaron a hacer señas a los coches que circulaban hacia el Norte…

Al parecer, llevar a una pareja no hacía ninguna gracia a los automovilistas, y, evidentemente, tampoco a los conductores de camión. La Nacional 2, siempre siguiendo la costa, era una ruta hacia el Norte no demasiado frecuentada, pues a muy poca distancia discurría la Nacional 1, mucho más amplia y directa. La ventaja de la Nacional 2 era que se circulaba con más desahogo, y con vistas al mar, por lo que era la ruta preferida de quienes no tenían prisa, y decidían gozar del viaje.

Eran casi las cinco cuando un coche se detuvo ante ellos. Por la ventanilla de la derecha apareció el sonriente rostro de un hombre, muy moreno, bigotudo.

—¡Suban! —invitó—. Podemos llevarles un buen trecho.

—¡Muchas gracias, señor! —exclamó Baby.

Colocaron la maleta en el asiento de atrás, y ella se sentó a un

lado y Everitt al otro. Everitt detrás del conductor, otro sujeto muy moreno, pero sin bigote. Baby iba detrás del bigotudo que los había invitado, el cual, en cuanto el coche arrancó, se volvió hacia ellos, y siempre sonriendo, mostró la pistola junto a su bigote.

—No se asusten: no les pasará nada.

—¿Qué significa esto…? —Exclamó Baby—. ¿Es un atraco?

—Algo parecido. Quédense quietos y nada les ocurrirá. Si se mueven, en cambio, me veré obligado a disparar. ¿Entendido?

Los dos espías asintieron, sin mirarse, sin consultarse.

El bigotudo sacó una radio de bolsillo, de tamaño casi doble a las que solía utilizar Baby. Apretó el resorte de llamada.

—Soy Onofre —dijo.

—Adelante, Onofre.

—Blas y yo hemos encontrado a una pareja en la Nacional 2, a unos cuarenta kilómetros al sur de Dojuana. Llevan una maleta y un maletín, y nos parecen sospechosos, porque donde los hemos recogido no hay nada ni nadie, ni hemos visto un coche averiado… Pero ella no es morena, sino rubia, y él no es rubio, sino moreno.

—Pueden ser ellos, de todos modos. Sabemos que están por esa zona, porque estuvieron utilizando la radio y captamos su llamada a un tal Simón. No os dejéis engañar por nada, ni os detengáis… Traedlos adonde tenemos instalado el punto de coordinación: cruce de la Interior 6 con la Nacional 1. No descuidaros.

—Muy bien. Para allá vamos.

Onofre cerró la radio, y la guardó. Miraba atentamente a sus prisioneros, que permanecían en silencio.

—Ustedes ya saben de qué va el asunto, ¿verdad? —preguntó, de pronto.

—Claro que no —dijo Margarita.

—Estamos buscando a un hombre que escapó de Ciudad Zamora.

—¿Un hombre solo? —Alzó las cejas la hermosa rubia—. Lo pregunto porque nosotros somos dos personas, no un hombre solo.

—Parece que alguien esperaba a ese hombre con un coche, y fueron adonde tenían escondido un helicóptero, que fue atacado anoche. La persona que está ayudando al fugitivo puede ser un hombre o puede ser una mujer, ¿qué más da? Lo cierto es que él ha conseguido ayuda.

—¿Y usted cree que el fugitivo soy yo? —preguntó Franklin Everitt—. ¿Y que mi esposa es la ayuda de que habla?

—¿Son marido y mujer? —sonrió Onofre.

—¡Claro! Íbamos en una motocicleta desde Ciudad Zamora a Punta Verde, pero la máquina se estropeó. La dejamos escondida entre unas rocas y seguimos a pie, esperando que alguien nos lleve adonde podamos contratar personal para recoger nuestra motocicleta y arreglarla.

—Ya. ¿Y llevaban una maleta en la motocicleta?

—Sí. El transportín es grande. Es una motocicleta potente. No comprendo cómo se ha estropeado. Hasta hoy mismo habíamos estado viajando con ella sin ningún contratiempo. Los fines de semana acostumbramos…

Objeto conseguido.

La charla de Franklin distrajo a Onofre lo suficiente, y éste no tuvo tiempo de reaccionar en ningún sentido… La mano derecha de la rubia, de canto y con los dedos doblados, le golpeó en el lado derecho del cuello, partiendo desde el hombro izquierdo, que había fingido rascar. Completamente inesperado, fortísimo, el golpe de revés sonó como un seco trallazo que hizo crujir la mandíbula de Onofre, que fue lanzado hacia atrás, y contra la ventanilla, por la potencia del impacto.

Pero su pistola no fue hacia atrás. La acción de Margarita para apoderarse de ella con hábil tirón fue simultánea a la del golpe.

Cuando Blas vino a darse cuenta, tenía la punta de la pistola de su amigo Onofre metida dentro de su oreja derecha.

—Mi compañero va a darle nuestras instrucciones respecto a la ruta a seguir. Si no obedece esas instrucciones, será él quien conducirá este coche. ¿Lo entiende?

—Sí… Sí, sí.

—Mejor para usted.

—¿Hacia dónde quiere que vayamos? —preguntó Franklin.

—Por supuesto, no hacia el punto de coordinación de esta gente. Eso debe estar hacia el interior, ¿no?

—Sí.

—Entonces, creo que deberíamos seguir hacia el Norte, por la costa. A ser posible, viajando por carreteras secundarias, e incluso caminos regionales. Cuando encontremos un lugar adecuado para

sostener una conversación, pararemos.

El lugar adecuado apareció casi veinte minutos más tarde. No viajaban ya por la Nacional 2, sino por un camino estrecho y polvoriento, tan polvoriento, que Margarita llegó a la conclusión de que no les interesaba, pues el coche alzaba demasiado polvo, que podía ser visto desde mucha distancia. Estaban quizá a un kilómetro de la costa, cerca de la cual discurría una carretera mejor, más fresca, que sería ideal para viajar durante la noche…, siempre y cuando los perseguidores no lo hubiesen tenido en cuenta.

Blas metió el coche entre unos matorrales, fuera del camino. Cuando el coche se detuvo, se alzó una gran polvareda, y a un gesto de Margarita, todos esperaron dentro del coche, con las ventanillas cerradas, precaución que habían adoptado en cuanto entraron en aquel camino. Era mejor soportar el calor que la densa polvareda. Esperaron a que ésta se posara. El silencio era total. Onofre, ya recuperado hacía rato, miraba hoscamente hacia delante, con el ceño fruncido. No menos hosco estaba Blas, cuya pistola había pasado a poder de Franklin Everitt…

—Ya podemos salir —dijo Margarita.

Blas y Onofre no eran demasiado tontos, después de todo. El instinto les decía que a sus espaldas no tenían a un par de asesinos, sino dos personas con las que se podía llegar a un acuerdo, Y lo mejor para ellos era comportarse de un modo razonable.

El calor era todavía terrible. Debido a la permanencia en el cerrado coche, todos estaban transpirando, en especial Onofre, que se pasó una manga por la frente.

—Siéntense ahí —señaló Margarita con la mano izquierda—, junto a los matorrales. Colóquense con las piernas cruzadas y una mano sobre cada rodilla.

Los dos zamoranos obedecieron. Margarita se sentó frente a ellos, encendió un cigarrillo que sacó del maletín, y estuvo fumando en silencio, pensativa, durante un par de minutos. Junto a ella, de pie, Everitt no perdía de vista a los dos prisioneros, que comenzaban a inquietarse.

—Vamos a ver —preguntó de pronto Margarita—: ¿a quién están buscando ustedes?

—A un norteamericano llamado Franklin Everitt —se apresuró a mostrarse cooperador, Onofre.

—¿Por qué lo buscan?
—Escapó de Ciudad Zamora, y tenemos que…
—Haré la pregunta de otra manera: ¿por qué en Ciudad Zamora querían matarlo?
—Porque es un espía.
—Pero no estamos en guerra, ¿verdad? En tiempos de guerra sé muy bien que no hay contemplaciones con los espías, pero no hay guerra; así que lo procedente sería haber expulsado al espía de Zamora, no acorralarlo como a una bestia, para lincharlo. ¿Qué se le dijo a la gente del pueblo para que pidiesen con tanta insistencia la vida del espía? ¿Por qué darle tanta importancia?
—Esas fueron las órdenes de don Benedicto.
Franklin Everitt lanzó una exclamación.
—¡Don Benedicto Sánchez! —Casi gritó.
—¡Pero don Benedicto no tiene ninguna autoridad para dar esa clase de órdenes!
—¿Quién es don Benedicto Sánchez? —preguntó Margarita.
—¡No es nadie! ¡La madre que lo…!
—Por favor, Franklin, cálmese. Y explíqueme bien las cosas.
—Perdone… Pero es que ese hombre no tiene ningún derecho a dar ninguna clase de órdenes. No es nadie, no es nada… Un simple industrial. Bueno… Quizá no tan simple. Es riquísimo, desde luego. Un hombre que goza de mucha influencia en el país, pero no oficialmente. Además, ¿por qué dar esa orden contra mí? Incluso me parecía que éramos amigos…
—¿Quiere decir que ustedes dos se han estado relacionando en los últimos tiempos?
—Sí… Sí, naturalmente.
—¿Con qué base? ¿Qué tenían en común, de qué hablaban?
—¿En común? Pues no sé… Hablábamos de todo un poco. No observé jamás en él, animosidad hacia mí, ni dio señales de saber que yo era un agente de la CIA. No lo entiendo.
Margarita parpadeó. Luego, miró de nuevo a Onofre y Blas.
—Por lo que ustedes dicen, debo entender que ha sido don Benedicto quien ha incitado a la gente de Ciudad Zamora contra mi compañero.
—Sí…
—Envió a unos cuantos como ustedes a matarlo, y como él se

escapó, y se escondió en la embajada de Colombia, don Benedicto dio la orden de que ustedes, el grupo que quería matar a Franklin Everitt, arreglasen las cosas de tal modo, que éste no pudiese salir con vida de la embajada de Colombia. Así pues, comenzaron a gritar «¡muerte al espía!», la gente se fue congregando allí, y ustedes y otros empleados de don Benedicto les fueron metiendo en sus tontas cabezotas la idea de que era inexcusable matar al espía norteamericano. ¿Ha sido así?

Onofre tragó saliva, y asintió con la cabeza, fijos los Ojos en aquéllos tan azules que le contemplaban como si él fuese de cristal, transparente, como si pudiesen ver a través de él. O quizá, como si pudiesen ver lo que había en su mente… Se asustó tanto, que se apresuró a aclarar:

—Pero yo no disparé contra él, ni siquiera llegué a verlo… ¡Ni Blas tampoco! A nosotros nos llamaron cuando ya el espía estaba acorralado en la embajada colombiana, para que fuésemos incitando a la gente, ayudando a los demás a calentar los ánimos.

—Y parece que lo consiguieron muy bien.

—Sí… Sí.

—Bueno, sabemos ya todo lo que ha pasado y cómo ha pasado —murmuró Margarita, mirando fijamente de uno a otro hombre—. Lo que no sabemos es *por qué* ha pasado. Y me gustaría saberlo. ¿Por qué don Benedicto quería que Franklin Everitt fuese eliminado?

—No lo sabemos. Bueno, sólo oímos que el yanqui sabía demasiado, y que había que matarlo pronto.

Margarita miró a Everitt, que estaba atónito.

—¿De qué sabe mi compañero demasiado?

—No lo sabemos.

—¿Y usted, Franklin? ¿Qué es lo que sabe? ¿De qué sabe demasiado?

—¿Yo? ¡No tengo ni idea! Ni siquiera sé de qué está hablando este imbécil… ¡Maldita sea mi estampa, yo no sé nada por lo que don Benedicto quiera matarme!

—¿Está seguro?

Everitt la miró, frunció el ceño, abrió y cerró la boca, pareció de nuevo dispuesto a hablar… Por fin, alzó los brazos con un gesto de impotencia, y soltó un bufido. Fue una respuesta de lo más

expresiva.

Margarita sonrió.

—Está bien, evidentemente, usted no sabe nada… *de modo consciente*. Pero quizá vio u oyó algo a lo que no dio importancia, y don Benedicto no sabe que usted lo ha Olvidado, o que ni siquiera reparó en ello. ¿Me comprende?

—Sí —reflexionó Everitt—. Sí, podría ser. Eso pasa con frecuencia: vemos cosas a las que no damos importancia, hasta que, de pronto, en cualquier momento, vemos otra cosa que nos hace recordar la primera y comprender cosas que los demás no pueden comprender… ¡Demonios, esto me convierte en una especie de… computadora con mala memoria!

—Su memoria volverá a funcionar —murmuró Margarita.

—Supongo que si. Pero…, ¿qué puedo saber, tan importante, que obligue a don Benedicto a ordenar mi muerte?

—Puede dedicarse a pensar en ello, porque vamos a estar aquí hasta que llegue la noche. Póngase lo más cómodo posible, Simón.

Franklin Everitt sonrió, porque lo de ponerse cómodo era, sin duda, una muestra del buen humor de Baby. Se limitó a sentarse junto a ella, buscando la sombra de los arbustos en lo posible, y se dispusieron a esperar.

Cuando comenzó a anochecer, Margarita Lucientes se puso en pie, y señaló hacia el coche.

—Espéreme allí: voy a librarme de estos dos sujetos.

Everitt la miró con expresión sobresaltada, pero dio media vuelta en el acto, y se alejó. Los que, por supuesto, estaban verdaderamente asustados eran Blas y Onofre, mirando con los ojos muy abiertos a la mujer que iba a *librarse* de ellos. Estaban tan asustados, que ni siquiera se dieron cuenta de lo que realmente les sucedía, así que quizá, su último pensamiento fue que estaban muriendo.

Pero no. Simplemente, cayeron fulminantemente dormidos para cuarenta y ocho horas cuando la cápsula que Margarita les tiró reventó en el pecho de Blas y dejó escapar el gas. Ella esperó unos segundos, sosteniendo ante su rostro la mascarilla que parecía una simple compresa de gasa. Luego, los examinó, asintió, y fue al coche, sentándose junto a Franklin, que estaba al volante, y que la estuvo mirando en silencio mientras ella guardaba la radio de

Onofre.

—¿Los ha matado? —susurró el espía.

—¡Claro que no! Dormirán dos días seguidos, eso es todo.

—Pero cuando despierten dirán que.

—Cuando ellos despierten, nosotros estaremos en Guayaquil. O quizá incluso más lejos, camino de casa. Vamos hacia te carretera de la playa, por favor.

Everitt obedeció. Poco después, ya casi completamente de noche, rodaban hacia el Norte, con el mar a su izquierda, lanzando espumosas y altas olas hacia las playas de color oscuro y ásperas de aquella parte del país. Fue entonces cuando comenzó a sonar la radio de Onofre, dentro del maletín de Baby. Ella oyó perfectamente el fuerte zumbido de llamada, pero no hizo el menor caso. Sabía que los amigos de Blas y Onofre querían saber dónde estaban, por qué no acudían al punto citado para el encuentro, eso era todo. Y no sería ella quien les diese explicaciones.

—Si pudiéramos seguir a esta velocidad, llegaríamos a la frontera ecuatoriana antes del amanecer —dijo Everitt.

—Más vale que no corra tanto: vamos a llamar la atención. Además, no podremos seguir viajando con este coche toda la noche.

—¿Por qué no?

—Porque los amigos de Onofre y Blas, o sea, el tal don Benedicto, comprenderá que a sus empleados les ha ocurrido algo, y ordenará que el coche sea localizado y detenido.

—Bueno, él no puede disponer, así como así, de tanto personal como para cortarnos el paso y prevenir todas nuestras posibles rutas.

—Se equivoca. Es evidente que don Benedicto dispone de recursos ilimitados para encontrarnos…, o quizá esté mejor dicho, para buscarnos. ¿Ha olvidado los tres cazas de anoche?

—Claro que no. Pero, ¿qué tienen que ver…?

—Un particular no dispone de cazas, ¿verdad? No, al menos, de tres. Puede disponer de una avioneta más o menos armada para afrontar circunstancias comprometidas, pero no dispone de tres cazas con sus correspondientes pilotos militares…

—¿Militares? ¡No podemos saber que eran pilotos de las Fuerzas Aéreas de Zamora los que pilotaban aquellos aviones!

—Lo sabernos con toda certeza, Simón. Su modo de volar, en

formación, así lo indica. Un piloto civil, más o menos experto, no se adapta a esa clase de maniobras de conjunto. El ataque habría sido más desordenado. Eran pilotos militares. Lo cual nos indica que don Benedicto tiene acceso a las Fuerzas Aéreas. Por lo tanto, ¿por qué no admitir que también puede encontrar amigos en el Ejército y en la Marina? Lo cual significaría que, en cualquier momento, pueden salimos al paso unos cientos de soldados, o unos cuantos *jeeps*… o más aviones.

—Si don Benedicto tiene esa facilidad para disponer de las fuerzas armadas…, ¿por qué no las utilizó para matarme dentro de la embajada de Colombia?

—Seguramente, don Benedicto es lo bastante listo como para no arriesgarse a provocar las iras de los colombianos. Pero ahora es diferente: ahora sólo nos atacan a nosotros. Y ya saben que somos hombre y mujer. Dos, no usted solo.

—Quizá deberíamos separarnos…

—Quizá. Pero no por ahora. ¿Toda esta conversación no le ha servido de nada a su memoria, Franklin?

—¿Qué quiere decir?

—Cuando un ciudadano particular, como es el caso de don Benedicto, puede utilizar parte de las fuerzas armadas para conveniencias personales, indica que dispone de un determinado ascendiente sobre esas fuerzas armadas, ¿no le parece? Por lo tanto, debemos llegar a la conclusión de que en las fuerzas armadas hay personal adicto a don Benedicto, dispuesto a obedecerle. ¿Esto no le sugiere nada?

Franklin Everitt detuvo el coche, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Margarita Lucientes.

—¿Está insinuando que don Benedicto Sánchez dispone secretamente del poder que podría proporcionarle un sector de las Fuerzas Armadas de Zamora…, y que, en determinado momento, puede hacer uso de ese poder para… para algo?

—¿Le parece imposible a usted?

Everitt se pasó las manos por la cara, despacio.

—No lo sé —susurró—. Bueno, don Benedicto es un hombre muy inteligente, influyente en determinados sectores del país. Y si la teoría de usted es correcta, también tiene poder en las fuerzas armadas… ¡No lo sé!

—Déjeme conducir a mí —dijo Margarita—. Usted quédese bien sentado y tranquilo y piense. Dedíquese solamente a pensar en lo que inconscientemente sabe. En algún momento, usted vio u oyó algo, Simón, así que piense. Sólo eso. Yo me ocuparé de lo demás.

El espía asintió. Cambiaron de asiento, y prosiguieron la marcha hacia el Norte, tranquilamente.

Tranquilamente, hasta que apareció el otro coche, en dirección contraria a la de ellos. En realidad, no le prestaron atención especial, pues se habían cruzado con bastantes turismos y algún que otro camión de poco tonelaje. Pero, siempre atenta, Margarita se dio cuenta de la maniobra de aquel coche: se cruzaron, y en seguida, cuando miró por el retrovisor, vio las luces de frenado del otro vehículo, intensificando las de posición. Mientras ella seguía conduciendo, el otro coche dio la vuelta, maniobrando en la carretera, y se colocó tras ellos. Por el retrovisor, Baby veía las luces de posición frontales, amarillas. Ni siquiera había podido ver cuántas personas iban en aquel coche.

—Simón.

—¿Mmm…?

—Deje de pensar. Me parece que vamos a tener complicaciones… Y de las grandes, pues ese coche es más veloz que éste.

Franklin Everitt se había vuelto vivamente. En efecto, vio al otro coche, dándoles alcance rápidamente.

—Nos alcanzarán en seguida —masculló—. ¿Qué hacemos?

—Nosotros vamos hacia el Norte, ¿no es así? —dijo secamente Margarita—. Pues nadie tiene que impedírnoslo.

Capítulo V

Franklin Everitt tenía la pistola en la mano cuando el otro coche los alcanzó. Pasó junto al de ellos, y en seguida maniobró para volver a la derecha de la carretera, colocándose delante, a fin de obligarles a parar. Pero Margarita, que había visto tres hombres en aquel coche, giró hacia la izquierda, y pasó de nuevo al vehículo antagonista…, el cual partió de nuevo en su persecución.

—No cabe la menor duda —dijo Franklin—. Voy a dispararles desde la ventanilla.

—Tenga cuidado. Hay tres hombres en ese coche, así que dos de ellos también pueden disparar contra nosotros.

—No creo que podamos hacer otra cosa, ¿verdad?

—No —admitió Baby.

—¿Algo la preocupa de modo especial?

—Sólo me sorprende: si no he visto mal, uno de esos hombres es chino.

—¿Cómo, chino? —exclamó Everitt.

—Chino. De China. O por lo menos, de raza china. Pero quizá no tenga importancia.

—¡Maldita sea la…! ¡No entiendo nada de lo que está pasando! ¡Llevamos detrás nuestro toda una jauría, y ni siquiera sabemos por qué!

—Debe ser por algo importante. No se distraiga, Simón.

El otro coche les daba alcance de nuevo. Franklin Everitt se asomó por la ventanilla derecha, refunfuñó furiosamente, y se volvió, saltando al asiento de atrás. Bajó la ventanilla izquierda, y volvió a asomarse. Ahora sí. Ahora pudo ver perfectamente el otro coche, ya muy cerca. Y lo tenía a tiro. Sacó la mano derecha, apuntó hacia la rueda delantera derecha, y apretó el gatillo de la pistola de Blas. El estampido del disparo lo ensordeció. Más atrás, en la calzada, la bala arrancó chispas, rebotando. Everitt lanzó una

imprecación, y volvió a disparar, fallando de nuevo. Por centímetros, pero fallaba. No se le podía censurar demasiado, de todos modos, considerando que disparaba contra un blanco móvil, situado a unos diez metros, y cuya zona de impacto era de unos quince centímetros de anchura…

«El parabrisas», pensó Everitt.

Era un blanco mucho más grande. Prácticamente imposible de fallar. Así que alzó la mano armada. En ese mismo instante, por la ventanilla derecha de atrás del otro coche, colocado casi en el centro de la calzada, aparecía una mano armada con una pistola. Everitt vio solamente el brillo de la pistola; en el mismo instante en que él apretaba el gatillo de su arma, veía el fogonazo rojizo en la otra pistola, y notaba el golpe en la parte alta del brazo derecho.

Un golpe fuerte, que le hizo soltar la pistola, y arrancó un grito de dolor de lo más profundo de su cuerpo mientras era impulsado contra el respaldo del asiento de Margarita, para rebotar y caer sobre el de atrás…

—¡Simón! —Exclamó Baby—. ¡Simón!, ¿qué le…?

El parabrisas del otro coche había saltado, acertado de lleno por la bala disparada por Simón en el momento de ser herido. Se vio un instante en el aire como una lluvia de diamantes, Juego el coche se salió de la carretera, dio una vuelta, otra, otra… y estalló en una bola de fuego, de la que salieron disparados dos hombres, que rodaron como peleles por el suelo, hacia la playa. El otro, agarrado al volante y con una bala en la boca, se quedó dentro de aquella hoguera…

Hoguera que Margarita vio, de pronto. Lo tiñó todo de rojo… incluso aquellos dos cuerpos que salieron despedidos del interior del coche. La espía metió el pie en el freno, con fuerza, y se volvió, recibiendo de lleno en el rostro el rojo resplandor.

—Sim…

—Estoy bien… ¡Siga adelante!

—¡Cálmese! Ya no pueden molestarnos. Lo mejor será que le eche un vistazo a su herida.

—¡No! Vendrán más… ¡Es sólo en el brazo! ¡Siga conduciendo!

Margarita vaciló un instante. Miró hacia la hoguera, y a su luz vio ponerse en pie, tambaleándose, a uno de los dos hombres que habían salido proyectados del interior del coche. El otro no se

movía. Por encima del rugido del fuego se oía el bramido del fuerte oleaje.

—Ese incendio los va a atraer como moscas a un pastel —jadeó Everitt—. ¡Debemos alejarnos de aquí!

Ella asintió con la cabeza, y se ocupó, de nuevo, del volante, pero también de la herida de su compañero de la CIA.

—Abra la maleta, y saque alguna prenda de ropa con la que pueda contener la sangre. En cuanto estemos en lugar seguro le haré una cura.

—Sí, sí, no se preocupe…

—¿Le ha tocado el hueso?

—Me temo que sí.

—Entonces, tiene que dolerle horriblemente. Voy a parar aquí mismo para entablillarle el brazo como sea…

—¡Le digo que siga adelante! ¡Podré aguantar!

—Está bien —Margarita apretó los labios.

Se cruzaron con algunos coches. Detrás, muy lejos, veían el rojo punto del incendio. Seguramente, muy pronto acudirían allí amigos de los ocupantes del coche, o agentes de tráfico zamorano, algún coche oficial… Mientras tanto, Margarita Lucientes seguía conduciendo hacia el Norte. En la oscura parte de atrás, Everitt permanecía en silencio, lívido. Sólo oían el fuerte rugido del motor.

De pronto, Margarita vio, al mirar por el retrovisor, la luz azul, que iba girando.

—¿Qué puede ser una luz azul giratoria? —preguntó.

—La Policía de Carreteras —dijo, en el acto, Everitt—. ¿Ve usted esa luz?

—Viene detrás de nosotros.

—Entonces es inútil seguir escapando: no hay en todo el país coches más veloces que los de la Policía de Carreteras.

La espía volvió a mirar aquella luz, todavía lejana. Apretó de nuevo los labios. Muy bien, ella todavía tenía algún recurso… Apagó todas las luces del coche. Tras ella oyó la exclamación de Everitt, pero no le hizo caso. Durante un par de segundos, le pareció que había quedado ciega, pero en seguida, a la luz de la luna, vio la carretera perfectamente. ¿Qué pensarían los hombres que iban en el coche de la Policía, al no ver las luces? Podían pensar que las habían perdido de vista en alguna curva, o en una de las

ondulaciones de la carretera… Había que probarlo.

Giró a la izquierda en cuanto vio el camino. En seguida, paró el motor. Segundos después, la luz azul pasó a un nivel más alto, desplazándose velocísimamente…

—Volverán —dijo Everitt.

Margarita puso de nuevo en marcha el motor, y condujo el coche por aquel camino. Era de tierra, pero duro, sin polvo prácticamente. La playa comenzó a mostrar una tonalidad de arenas más claras, comenzaron a aparecer árboles, luego palmeras. La playa se fue ensanchando… Lejos, muy lejos al parecer, se veía una agrupación de luces.

—Parece que estamos acercándonos a un pueblo o una ciudad —dijo Margarita—. ¿Cuál puede ser?

—Estamos en Punta Verde; así que debe tratarse de la localidad de ese nombre. Todo turismo. Esta debe ser la zona residencial, alejada del núcleo urbano… Bueno, supongo. La verdad es que estoy un poco desorientado… ¡Eeeh! ¿Qué pasa, ahora?

El coche estaba dando unos cuantos saltos, como a trompicones. De pronto se detuvo, y quedó silencioso. Margarita estuvo unos segundos sin moverse. Cuando lo hizo, Everitt pudo ver la blancura de sus dientes, mostrados en amplia sonrisa.

—No se lo va a creer —dijo ella—, pero es ja primera vez que me ocurre.

—¿Qué…? ¿De qué se trata?

—Nos hemos quedado sin gasolina.

—¡Maldita sea!

—Tómeselo con calma. De momento, lo que vamos a hacer es examinar su herida. Luego, ya veremos.

La herida de Everitt debía ser dolorosa, sin duda alguna, pero no había interesado el hueso, como el espía había creído. Con el contenido de su maletín, Baby pudo hacer una cura aceptable que vendó sólidamente. Por fortuna, llevaban más ropas en la maleta, así que Everitt pudo cambiarse.

Utilizando la linternita de la que se había servido para hacer la cura; Margarita buscó un lugar adecuado para esconder las ropas manchadas de sangre. Le pareció que estarían bien entre unos espesos arbustos, y las tiró allí. Fue justo entonces cuando le pareció escuchar música.

Se volvió, aguzando el oído, pero ya no oyó nada… Sólo el mar. Sorprendida, estuvo unos segundos muy atenta. Decidió aceptar que incluso ella podía padecer alucinaciones acústicas. Regresó adonde estaba el coche. Everitt la esperaba allí, muy pálido, pero dispuesto a proseguir la fuga.

—Creo que deberíamos esconder el coche —propuso el espía—. Si encontrásemos gasolina en algún sitio cercano, podríamos volver a por él. Necesitamos…

—¡Ssst…! ¿No oye usted?

—¿El qué? —se alertó Everitt.

Margarita se llevó un dedo a los labios, y permaneció inmóvil. No. De nuevo le había parecido oír música, pero no… Sí. El viento cambió nuevamente de dirección, y volvió a oírla. Estaba segura de ello.

—Yo no oigo nada —murmuró Everitt.

—Yo sí. Vamos para allá. Quizá encontremos gasolina, y podamos volver en busca del coche. ¿Puedes llevar la maleta?

—Claro que sí, con la mano izquierda.

Margarita señaló en dirección a donde, según ella, sonaba la música, y comenzaron a caminar. Ni siquiera medio minuto más tarde, Franklin Everitt oyó también la música. Otro medio minuto después, tenían perfectamente localizado el lugar de donde provenía: una de las residenciales mansiones de la zona, situada hacia el Norte, y cuyas luces veían ya, como adentrándose en el mar, de modo que pudieron, entonces, diferenciarlas de las de la localidad que habían visto al principio.

—Es la casa de un millonario —dijo Everitt—. La mayoría de ellos tiene una quinta por Punta Verde: por toda esta zona.

—¿Y la música, qué significa?

—Supongo que lo mismo que en cualquier parte del mundo: una fiesta —masculló Everitt—. Así es esta cochina vida: mientras unos huyen como conejos a punto de ser despedazados, otros se lo pasan en grande.

—No se lo tome así —sonrió Margarita—. Y ya que hay una fiesta, vamos a sacar partido de ella.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que podremos conseguir comer algo diferente a un par de pastillas. Y si las cosas van bien, podremos robar un coche y

seguir hacia el Norte. Hasta que se den cuenta de la desaparición del coche y avisen a la Policía, nosotros podremos haber recorrido otros doscientos kilómetros, por lo menos.

—¡Buena idea!

Muy poco después, veían de cerca las luces, y la casa; ésta se hallaba rodeada por un gran jardín que prácticamente llegaba hasta la playa, y que quedaba protegido por un muro bajo de ladrillos en el que se habían plantado setos, recortados a unos dos metros de altura. Los setos eran tan tupidos que no fue fácil cruzar entre ellos. Pero lo consiguieron, y entonces se quedaron mirando hacia la bien iluminada terraza.

En ella, varias parejas bailaban, al son de una disparatada música moderna, en absoluto folklórica; decididamente, era música norteamericana, de ritmo vivo… A la derecha se veía la piscina, y de allí llegaban risas y el sonido de fuertes chapuzones. Los dos espías se miraron. Everitt tenía el ceño fruncido, pero Margarita sonreía…, y Everitt acabó por sonreír, también.

—Como decíamos antes —musitó—: ¡así es la vida!

—*Debería* ser así. Pero siempre y para todos, Simón. Vamos a ver si hay coches por aquí.

Había coches, naturalmente. Estaban cerca de la entrada al recinto de la hacienda, bien ordenados en un espacio libre de árboles.

—Podemos elegir —dijo alegremente Everitt—, así que como es natural, escogeremos el más rápido.

—Bien. Mientras tanto, yo iré a ver si consigo algo de comer. ¿Qué tal nos sentaría una botella de champaña?

—A mí, bien —casi rió Everitt—. Pero creo que sería mejor dejarlo. Usted no va vestida de noche, de modo que llamaría la atención en cuanto apareciese entre esa gente.

—¿Cómo que no voy vestida de noche? —Casi rió Margarita.

Se quitó la ropa, quedando en sujetadores y pantaloncitos. De la maleta sacó un reducido bikini… Se quitó las prendas íntimas ante los maravillados ojos de Simón, se puso el bikini, y señaló hacia la piscina, mientras se quitaba la peluca rubia.

—A decir verdad, estaba deseando darme un baño. Elija el mejor coche, mientras yo me divierto un poco. Y tenga cuidado.

—Es usted fantástica —masculló Everitt.

—En efecto —asintió Baby, riendo.

Se dirigió hacia la piscina, tranquilamente. Apareció cerca del borde de ésta, con toda cachaza y naturalidad. Y ciertamente, no habría llamado la atención si hubiese sido una mujer más… corriente. Pero, en cuanto apareció, algunos ojos masculinos quedaron fijos en ella, desorbitados. Indiferente a todo, Brigitte Montfort, con su verdadero aspecto, se lanzó de cabeza a la piscina, desde el borde. Casi la cruzó a todo lo largo nadando bajo el agua… Era una lástima no disponer de gel, o de simple jabón, pero, aparte de que, ciertamente, no habría sido adecuado utilizarlo en la piscina, sólo con el agua ya se estaba librando del polvo de todo el día. Algo era.

Estuvo nadando de un lado a otro de la piscina, algunos minutos. En el borde se habían sentado tres muchachos jóvenes, que la contemplaban y hacían comentarios entre sí. Una chica jovencita, una preciosidad, se tiró de la palanca, haciendo un lindo escorzo, pero nadie le hizo el menor caso.

Satisfecha ya del baño, Brigitte nadó hacia el borde de la piscina, donde estaba la escalerilla. Se agarró a ésta, y salió. La noche no era fría, como en las montañas, pero resultaba un poco fresca…

Fue entonces cuando vio al interesantísimo personaje, que apareció llevando una gran toalla roja en las manos. Era un hombre de buena estatura, increíblemente ancho de hombros, muy tostado por el sol, de rostro enérgico, varonil, muy atractivo. Debía tener alrededor de cuarenta años. Alto, fuerte, sólido, impecable con su *smoking* blanco, bien cuidados sus largos cabellos.

Llegó ante ella, y le ofreció la toalla, sonriendo.

—¡Gracias! —la aceptó Brigitte—. No sé dónde he puesto la ropa, así que la toalla me va muy bien.

—De todos modos, la toalla va bien —replicó él, con una voz profunda, bien timbrada—, porque no sería saludable vestirse sin secarse.

—En efecto. Es usted muy amable.

El hombre hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia al asunto.

—La verdad es que siempre busco algo que hacer que resulte útil a los demás. En este caso, de todos modos, ha sido un placer.

—Muy amable —insistió ella—. Me parece que no hemos sido presentados, ¿verdad?

—Mucho me temo que no. Esto es lo que me disgusta de las fiestas en casa de Horacio Carvajal: que uno corre el riesgo de encontrarse con caras desconocidas. Por fortuna, esta vez ha valido la pena… Tanto, que opino que debemos arreglárnoslas por nosotros mismos. ¿Está de acuerdo?

—Claro que sí. Yo soy Margarita Lucientes.

El hombre hizo una inclinación de cabeza.

—Llámeme, simplemente, Abelardo… Y lo digo así porque yo la llamaré simplemente Margarita. Siempre y cuando usted esté de acuerdo, ¡claro!

—Estoy de acuerdo.

—¡Magnífico! ¿Tomaría una copa de champaña?

—Con muchísimo gusto. Pero mis ropas…

—Tenga la impresión de que todos preferirán que permanezca usted así —Abelardo la tomó del brazo, y señaló hacia la terraza—. Por otra parte, las fiestas de Horacio Carvajal son, eso hay que admitirlo, de lo más democrático. Y si se fija, observará que hay damas que, considerando que ellas creen estar vestidas, enseñan muchos más encantos que usted… Perdón. Encantos, no. Usted tiene más encantos que todas las demás. He querido decir que ellas enseñan más cantidad de todo. Hay escotes verdaderamente interesantes. La mayoría de las señoras…

Abelardo dejó de hablar, y alzó la cabeza. Primero lo había hecho Brigitte, es decir, Margarita. Y después de Abelardo, lo hicieron otros varios invitados, hasta que en menos de cuatro segundos todos estaban mirando hacia el cielo… donde pasaban, a muy poca altura, trepidantes, tres helicópteros enormes, visibles a la luz de la luna y a sus propias luces de posición. Los invitados de Horacio Carvajal comenzaron a hacer comentarios, mientras Abelardo, con el ceño fruncido, seguía el vuelo de los tres helicópteros, comentando:

—Son helicópteros de las Fuerzas Especiales de Asalto. Cada uno de ellos puede transportar treinta y cinco hombres.

—¿Pasan a menudo por aquí?

—Es la primera vez que los veo. Quizá estén realizando algunas maniobras.

—Sí… Debe ser eso.

—Esto de las maniobras militares ocasiona muchos gastos, pero, claro, hay que hacerlas, a fin de que los soldados se mantengan en forma. Un ejército de soldados desentrenados no serviría de gran cosa en un momento de apuro. ¡Caramba! ¡Ahí vuelve uno de esos aparatos!

En efecto. Uno de los helicópteros regresaba, solo. Rebasó un poco hacia el norte la posición de la quinta de Horacio Carvajal, y entonces comenzaron a aparecer bultos de su interior, cayendo lentamente. Pequeños paracaídas provistos de una bengala de larga duración. Más hacia el sur sucedía lo mismo: de los otros dos helicópteros, caían bengalas. En un instante, toda una gran zona quedó intensamente iluminada. Se oyeron exclamaciones de admiración, grititos de júbilo. Era como si del cielo llegase una lívida luz a cuyo resplandor nada pudiese escapar.

—Me parece que nos vamos a divertir —dijo Abelardo—. Al parecer, las maniobras son por aquí cerca.

Brigitte miraba fijamente el helicóptero más cercano, que estaba descendiendo en línea vertical.

—Magnífico simulacro —elogió Abelardo—. Han lanzado primero las bengalas, para iluminar el terreno y asegurarse de que no hay enemigos emboscados esperando a los soldados que ahora desembarcarán, y ocuparán la playa, los caminos, la carretera de la costa, y, en fin, lo controlarán todo. Espero que no vengan aquí; no tendría champaña suficiente para todos. ¿Le apetecen también algunos canapés?

—Sí, gracias.

Abelardo la llevó hacia la gran mesa donde se servían los canapés y el champaña. Un poco más allá, estaba el bar, para bebidas más fuertes. En el bar, un joven zamorano de clara ascendencia india atendía el magnífico tocadiscos que proporcionaba la música. Margarita tomó un canapé de la bandejita que le acercó Abelardo.

—Usted debe estar pensando, sin duda, que Horacio es un tacaño, Margarita.

—¿Por qué habría de pensar semejante cosa?

—Porque en vez de utilizar músicos, utiliza la llamada «música en conserva». Discos. Pero la teoría de Horacio no es mala; él dice

que puesto que cada mes da una fiesta a sus amigos, para corresponder a sus atenciones y atender sus compromisos sociales, lo mejor es sacar partido de ello. Cada mes, Horacio propone a los invitados reunir fondos para determinada acción benéfica, y él contribuye con más cantidad qué cualquiera.

—Ya. ¿Y qué tiene que ver la música con esto?

—Pues, Horacio podría contratar una orquesta, pero sería muy cara, así que el dinero que se ahorra de la orquesta, va a parar al fondo de esa acción benéfica sólo que por partida doble. Es decir, que si Horacio se ha ahorrado por ejemplo diez mil pesos de gastos de orquesta, él entrega veinte mil. ¿Comprende?

—¡Claro! —Sonrió Margarita—. Al buen señor Carvajal le saldría más barato contratar una orquesta, ¿no?

—En efecto. Pero al buen señor Carvajal, como usted lo ha llamado, le sobra el dinero. Lo que ocurre es que como sabe que sus amigos son más bien tacaños, con este truco cada mes les saca algo para atender pequeñas miserias humanas. Tiene usted buen apetito por lo que veo.

—Sí. Tengo tanto apetito que me da vergüenza comer delante de usted, Abelardo. ¿Le importaría que me llevase una de estas bandejitas para devorarla a solas, escondida en el jardín?

—No entiendo que deba avergonzarse por tener apetito. Comer es tan natural como dormir, amar o respirar. Me parece que le están haciendo señas, Margarita.

Ésta miró hacia donde señalaba Abelardo, y vio a Everitt cerca del borde de la terraza. El espía estaba pálido, y en cuánto se dio cuenta de que ella le miraba, le hizo una pequeña seña, y dio media vuelta, alejándose hacia el estacionamiento de coches.

—Sí. Es un amigo. También es nuevo en las fiestas del buen señor Carvajal, así que no debe usted conocerlo.

—Pues no —admitió Abelardo—. Pero me he dado perfecta cuenta de que no va de *smoking*. Y debería ir de *smoking*. No es que Horacio sea precisamente estirado, ¿comprende? Pero él dice que una fiesta de *smoking* siempre tiene mayor tono, y por lo tanto, la gente suelta más dinero. ¿Cómo se llama su amigo?

—Francisco.

—Pues dígale a su amigo Francisco que si Horacio lo ve sin *smoking*, se va a enfadar.

—Se lo diré ahora mismo. Creo que llevaré también una botella de champaña.

—Excelente idea. Pero… ¿no sería mejor que su amigo viniese aquí? Los soldados llegarán de un momento a otro, y si están ustedes cerca de la entrada, verán a Francisco.

—¿Y qué?

—Pues quizá se les ocurra pensar que es Franklin Everitt, el espía norteamericano que anda huyendo.

—¿De qué está usted hablando?

—Evidentemente, usted no escucha las noticias de la radio. Seguramente, mi fantasía se ha desbordado, pero pienso que quizá los soldados no estén de maniobras, después de todo. Claro que usted no sabe de qué le hablo, lo comprendo. ¿Verdad que no lo sabe?

—No —musitó Margarita.

—Es una historia emocionante de la fuga de dos espías yanquis. Primero, era uno, pero luego intervino una mujer, que le ayudó a escapar. Creyeron que los habían matado cuando anoche derribaron su helicóptero, pero luego se dieron cuenta de que ellos habían proseguido la fuga. ¿De verdad no sabe nada de todo esto?

—No.

—Mejor para usted. Aunque me gustaría que usted fuese la espía que acompaña a Franklin Everitt. Le diría que si quería esconderse bien, sólo tenía que entrar en la casa, bajar a la bodega, y buscar un gran tonel vacío que hay allí, y al cual puede entrarse por la parte de atrás. Nadie la encontraría nunca allí. ¿Sabe una cosa?: el padre de Horacio Carvajal fue un revolucionario terrible hace un montón de años, y cuando quería estar a salvo y al mismo tiempo permanecer cerca de su mujer y de su hijo, se venía aquí y se pasaba un par de semanas en el barril… Bueno, repartía el tiempo entre el barril y el lecho de su esposa, como es lógico. La esposa del viejo Carvajal era muy hermosa.

—¿Y por qué se complicó la vida el viejo Carvajal?

—Para ayudar a que el país funcionase debidamente apoyando a hombres como nuestro actual presidente. Don Raimundo Serena, nuestro amado presidente habló esta tarde por la radio. ¿Tampoco lo escuchó?

—No. ¿Qué dijo?

—Lo de cada mes. Yo doy la fiesta precisamente el día en que don Raimundo habla por la radio. Así, por la noche, tenemos un buen tema de conversación: finanzas, proyectos…, todas esas cosas.

—¿Y qué dijo sobre los dos espías que huyen?

—Ni una sola palabra. ¿Y sabe qué impresión me produjo a mí ese silencio?

—No, pero me gustaría saberla.

—Pues me dije que cuando don Raimundo no nos pedía a todos los zamoranos que colaborásemos en la captura de los dos espías, sus motivos tendría. Es un hombre que siempre nos está pidiendo cosas para el país. Igual podía habernos dicho unas cuantas palabras respecto a ese asunto. Y no, no lo hizo. Así que yo pensé que quizá lo que don Raimundo desea, en el fondo, es que los dos espías escapen. Claro que todo puede ser una gran fantasía mía. Perdone —Abelardo miró al criado que le hacía señas—. Sí, Lucas, ven aquí. ¿Qué es lo que ocurre?

—Los soldados están rodeando la hacienda, señor. Hay en la entrada un oficial que pide permiso para entrar con algunos soldados.

—¿Qué es lo que quieren?

—Está buscando a dos personas peligrosas, don Horacio.

—¿Y creen que yo las he invitado?

—Claro que no, don Horacio. Sólo piensan que quizá se han escondido aquí, y podrían molestarnos a todos.

—Entiendo. Bueno, ve a decirle a ese oficial que puede entrar, naturalmente. ¡Lo haría de todos modos!

El criado se alejó y Margarita se quedó mirando fijamente a Abelardo. Éste tomó una botella de champaña y una bandejita con canapés, y se las tendió, sonriendo.

—Con los respetos de Horacio Abelardo Carvajal.

—Usted ha sabido en todo momento que yo era una intrusa.

—Naturalmente. Cuando un amigo vino a decirme que no le había advertido que tenía como invitada a la mujer más linda del mundo, comprendí que ocurría algo inesperado. ¿Le parece que es momento de seguir conversando?

—No —sonrió Margarita Lucientes—. Desde luego que no.

Se alejó rápidamente en pos de Lucas. Al fondo, ante la entrada, vio las oscuras siluetas de varios soldados. Los coches estaban muy

cerca, y si empezaban a buscar por allí, encontrarían inmediatamente a Everitt.

Pero no, porque éste apareció delante de Margarita, demudado el rostro.

—Estamos completamente rodeados. Tres helicópteros…

—Venga conmigo. De prisa, Simón.

Se dirigieron hacia la casa, dentro de la cual no había nadie. Todo el servicio estaba en el exterior, atendiendo a los invitados, y también atraídos por la novedad de aquella noche: la llegada de soldados.

Encontrar la gran puerta que llevaba a la bodega fue fácil. Descendieron rápidamente, y Baby señaló los cuatro grandes barriles que había al fondo.

—Uno de esos barriles está vacío y se puede entrar por detrás. Busquémoslo.

Bastaron unos cuantos golpes para localizar el barril vacío y la entrada no fue mucho más difícil de localizar, sabiendo que existía. Baby encendió su linternita y se quedó atónita al ver el interior del barril. Parecía un camarote, muy reducido, pero agradable. Incluso había instalación de luz. Una litera, libros, alfombra, un sillón, un pequeño buró…

—¿Qué demonios es esto? —Farfulló Everitt—. ¡No me gusta nada!

—Pues a mí, sí —sonrió la divina—. Y tenemos que elegir rápidamente, Simón: o encerrarnos aquí a comer canapés con champaña…, o salir a hacer frente a ciento cinco soldados. ¿Por cuál de las dos soluciones vota usted?

Capítulo VI

La despertó el primer golpecito en la madera. Se sentó rápidamente en la litera, empuñando ya la pistolita de cachas de madreperla. Miró a Everitt, que estaba sentado en el sillón con la pistola de Onofre en la mano. Las dos de la maleta aún no habían sido utilizadas.

—Simón —susurró Baby.

El espía abrió los ojos, mostrando las pupilas veladas. Se reanimó bruscamente, y se irguió.

—¿Qué ocurre?

Margarita señaló hacia la entrada, al tiempo que decía:

—Pase.

Horacio Abelardo Carvajal apareció en el umbral del gigantesco y curioso tonel. Miró a Everitt, que simuló estar durmiendo, sin soltar la pistola. Luego miró a Margarita, que estaba vestida completamente, todavía sentada en la litera. Vio la pistolita y sonrió.

—¿Cómo ha dormido? —se interesó.

—Magníficamente. Me parece —miró su relojito— que es muy temprano, ¿no?

—Sí —Abelardo se sentó en el borde de la litera—. Todavía es de noche. He pensado que quizá preferirían esta hora para intentar escapar.

—¿Se han marchado ya los soldados?

—Es difícil saberlo, pero yo creo que sí, después de una batida completísima por toda la zona. Desde luego, si esperan a que se haga de día, todo les será mucho más difícil.

—Lo sé —asintió Margarita—. Pero tampoco podemos salir alegremente, sin estar seguros de que los soldados se han marchado.

—No puedo asegurarles eso, lo siento. Estuvieron buscando por la casa, por mi seguridad, dijeron. Podían haberse escondido

ustedes por aquí, y son dos elementos muy peligrosos.

—Exageraciones. Además, ¿por qué íbamos a escondemos en su casa, Abelardo?

—Bueno. Verá como estaban las cosas cuando llegaron a mi casa los soldados al mando de aquel oficial: Hubo un accidente en la carretera de la costa que atrajo a la Policía de Carreteras. Llegaron dos coches y uno de ellos partió en persecución de un coche que se dirigía hacia el norte a toda velocidad, según testimonios de conductores que se cruzaron con ese vehículo. El coche en cuestión pareció desaparecer, pero, muy poco después, la patrulla del coche perseguidor, comprendiendo que habían sido engañados regresaron y no tardaron en encontrar el vehículo muy cerca de aquí. Pensaron que había sido abandonado para huir a campo través, o quizá por el mar, a nado, pero pronto comprobaron que no tenía combustible. Pasaron aviso por la radio… y la respuesta fue el envío de más de cien hombres en los helicópteros. Por este lado no consiguieron nada, como muy bien sabemos —sonrió Abelardo—, pero algo interesante ocurrió.

—Se refiere, supongo, al coche que sufrió el accidente.

—Sí. Había dos hombres muertos. Uno al volante, y el otro fuera del coche. Este último, era chino. Y a falta de cosa mejor que hacer, parece que el servicio secreto de Zamora se va a dedicar a investigar a fondo a ese chino.

—Había tres hombres en aquel coche. Entiendo, pues, que uno de ellos consiguió escapar.

—Evidentemente.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

Una hora aproximadamente; Me gustaría prestarles mi coche, y lo haría con mucho gusto, pero me temo que eso sólo les ocasionaría dificultades. Mi impresión es que ni un solo coche podrá salir de la zona sin ser registrado concienzudamente.

—¡Claro! ¿Podríamos escapar a pie?

—Aparentemente, sí. Pero insisto en que no estoy seguro. Mi opinión, si les interesa, es que tienen muy pocas probabilidades de conseguirlo si continúan juntos.

—No puedo dejar a mi compañero. Está herido.

—Bueno, eso es cosa suya, Margarita.

—¿Por qué nos está usted ayudando? —dijo de pronto Everitt

dejando de fingir que dormía.

—Por un hecho muy simple, señor Everitt —replico casi secamente Abelardo—. Si don Raimundo quisiera que ustedes fuesen detenidos, lo habría mencionado ayer por la radio. No sé lo que está pasando, pero conozco a don Raimundo, y sé que si él no ha dicho nada al respecto, tiene que ser por algo.

—Es una razón poco convincente la suya.

—Vamos, Franklin, sea lógico —pidió Baby—. Si Abelardo hubiese querido perjudicarnos, eso ya estaría hecho. Hablemos del chino ese que quieren investigar. ¿Debo entender que no formaba parte de la jauría?

—¿De qué? —se sorprendió Abelardo.

—De la jauría que, según parece, puede estar dirigida por Benedicto Sánchez.

—¿Cómo por Benedicto Sánchez? —Se pasmo ahora Carvajal—. Quien les está persiguiendo a ustedes es el Ejército.

—¿De veras lo piensa así, Abelardo? ¿Acaso su presidente lo ha dicho?

—No —Carvajal parpadeó y se irguió de pronto, como sobresaltado—. ¡Claro que no lo ha dicho! Pero… Bueno, si el Ejército interviene…

—No —negó Margarita—. Quienes intervienen son determinados oficiales o mandos del Ejército que están obedeciendo órdenes particulares de Benedicto Sánchez.

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué no? Sea lógico usted también. Si el Ejército estuviese siguiendo órdenes de su presidente, ¿no cree que éste habría hecho algún comentario al respecto?

Horacio Abelardo Carvajal se quedó mirando fijamente a Margarita. Luego miró a Everitt, de nuevo a Margarita. De pronto su gesto, un tanto desconcertado, se endureció.

—Esto no me gusta nada —deslizó—. Si el Ejército está obedeciendo órdenes particulares de Benedicto Sánchez en este asunto, podría obedecerlas en otros asuntos.

—¿Por ejemplo? —musitó Margarita.

—No se atrevería… ¡No se atrevería!

—Si se refiere a que Benedicto Sánchez no se atrevería a organizar una revolución, está usted pecando de ingenuo, Abelardo.

Cualquiera que tenga a su lado una parte de un ejército se atreve a hacer una revolución, a intentar apoderarse del poder de un país… Claro, todo depende de cómo sea esa persona. ¿Cómo es Benedicto Sánchez?

—Poderoso, pero nunca se me había ocurrido. Ni a mí ni a nadie. Sin embargo… Bueno, dudo que tenga la talla de un presidente, pero… podría serlo si estuviese bien asesorado.

—¿Por los chinos, por ejemplo?

Carvajal palideció.

—¡El muy cerdo! ¡Le voy a…!

—Tranquilícese. Le aseguro que yo puedo ocuparme de ese asunto, así que no se complique usted la vida. Lo mejor será que no haga usted nada, que no tome ninguna iniciativa. Yo me encargaré de que no haya revolución alguna en Zamora. ¿Está bien claro, Abelardo? Piense que si usted dijese algo de esto a su presidente, quizá las cosas se complicasen tanto para Benedicto Sánchez que éste no esperase más y enfrentase la parte del Ejército adicta a él con la parte adicta a la presidencia. Lo cual ocasionaría una guerra civil, ¿no cree?

—Sí —palideció aún más Carvajal—. ¡Sí!

—Deje la solución en mis manos. Y ahora, Franklin —miró Margarita a Everitt—, ¿recuerda usted lo que Benedicto Sánchez está temiendo que recuerde de un momento a otro? Ya tiene más datos. Lo de la división en el seno del Ejército, la intervención de los chinos, al parecer, apoyando a Benedicto Sánchez… ¿Todo esto no le trae nada a la memoria?

—No. Lo siento, pero no.

—Bien, quizá era esto, simplemente: que usted vio en alguna ocasión a Benedicto Sánchez con algún chino…

—No, nunca. Lo recordaría ahora. Ahora que todo empieza a estar claro, lo recordaría. Y no recuerdo nada de eso, ni sabía nada de lo del Ejército favorable a Sánchez. ¡No consigo recordar nada por lo que Sánchez haya querido matarme desde un principio, desde antes de que comenzasen a ocurrir cosas!

—Paciencia. Ya verá como, lo que sea, acudirá a su memoria tarde o temprano. Mientras tanto, tenemos que salir del país para avisar a la Central respecto a la posible revolución encabezada por Benedicto Sánchez visiblemente, pero con Pekín respaldándolo.

Bien, Abelardo, ¿qué nos aconseja para alejarnos de aquí?

—Les he dicho lo único que se me ocurre. Que se separen. Si lo hacen, quizá consigan llegar cada uno por sus propios medios cerca de la frontera, a Matualán. En Matualán tengo un hotel cerca de la playa. Un hermoso hotel en el cual sólo tendrían que preguntar por Braulio. Es empleado del hotel; el director exactamente…, y buen amigo personal mío. Yo habré pasado por allí con mi coche y le habré dado instrucciones. Braulio los instalará y yo me dedicaré a prepararles el salto al otro lado de la frontera, que, dadas las circunstancias, estará vigilada por soldados adictos a ese cochino de Sánchez.

—Vamos a simplificar las cosas —alzó las manos Margarita Lucientes—. Usted sólo tiene que avisar a su antiguo amigo Braulio de que quizá nos presentemos allí, y que, por si eso ocurre, lo tenga todo preparado para alojamos adecuadamente. Pero no haga nada más. Abelardo. La CIA se encargará del resto.

—Pero sin ayuda a este lado de la frontera no podrán pasar a Perú…

—No se apueste ni un pesó en ese sentido —dijo festivamente Everitt—. Si ella dice que pasamos, es que pasamos. Debe tenerlo todo previsto. Lo cierto es, señor Carvajal, que usted no sabe con quién está tratando en estos momentos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que deje que sea ella quien tome las decisiones y lo planifique todo. Es una garantía total.

Horacio Carvajal miró de uno a otro y asintió:

—De acuerdo. Pero si dentro de tres días el asunto de ese maldito Sánchez no está resuelto, yo me encargaré de todo.

—Tres días —reflexionó un instante Margarita—. Me parece bien. Y ahora, veamos cómo podemos alejarnos de estos peligrosos lugares. La primera decisión consiste en que yo llevaré la maleta. Usted está herido, Franklin, así que hay que buscarle un sistema cómodo de viaje hasta Matualán. ¿Qué distancia hay?

—Cerca de quinientos kilómetros, pero yo puedo ofrecerles una solución. Le presto una bicicleta a Everitt, y con ella se dirige hacia el interior. Puede tomar el tren en Borjas, y seguro que nadie le hará caso, al menos, hasta la frontera. Si intenta cruzar quizá sí le detengan; debe estar todo controladísimo. Pero si se dirige hacia la

costa desde Borjas, puede recorrer en menos de cinco horas la distancia hasta Matualán, donde le estará esperando Braulio en el hotel La Siesta.

Margarita miró a Everitt, que asintió.

—Puedo hacerlo —aseguró—. Por mí no se preocupe. Me pondré ropas de campesino, sombrero de paja… Nadie me reconocerá.

—Bien. Si dentro de tres días no han tenido noticias mías, procedan como les dicte su mejor criterio. Acompañe a Everitt, Abelardo. Yo me quedo aquí unos minutos más preparándome para salir un poco más tarde. ¡Adiós, Simón! ¡Buena suerte!

Franklin Everitt miró la mano tendida de Baby y vaciló. Por fin la tomó, murmurando:

—Quizá no deberíamos separarnos…

—Ya está decidido.

Tras una nueva y breve vacilación, Everitt se resignó. Él y Carvajal salieron del gran tonel, dejando sola a Margarita, que abrió la maleta y eligió el material para una nueva metamorfosis. Su personaje preferido: *madame* la duquesa de Montpelier, anciana dama de blancos cabellos y porte dignísimo, aristocrático. Ropas negras, largas, cerradas, gruesos zapatones, lentes de cristales redondos… Era el último disfraz, la maleta iba quedando vacía, y, lo que quedaba, ya había sido usado. Lo mejor era prescindir de aquellas dos pistolas, de la peluca rubia… No podía llevar encima nada comprometedor. En definitiva, todo lo que se quedó del contenido de la maleta fueron los pasaportes, la radio que había pertenecido a Onofre y el bastón con mangó de plata en el que se apoyaría tan anciana dama para caminar.

Cuando Carvajal regresó y la vio lanzó un fuerte respingo. Luego, se quedó atónito contemplándola.

—Sorprendente, ¿no es cierto? —sonrió Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Por mi madre… ¡Jamás sospecharía que usted no es así en realidad!

—Eso, amigo Abelardo, es todo un elogio para un espía. Le voy a dejar aquí la maleta. Si todo va bien, alguien pasará a recogerla algún día. Si dentro de tres días, todo acaba mal para Everitt y para mí, deshágase de ella, quémelo todo. Y hágalo también si en algún momento pudiese comprometerle, naturalmente.

—Entendido. Bueno, tenía otra bicicleta para usted, pero si ven a una anciana pedaleando…

—No se preocupe. ¿Puedo salir?

—Sí. Parece que todo está en calma.

Ya recogido todo en el maletín, Baby colocó en éste la funda de raso negro, lo asió con la mano izquierda, tomó el bastón con la derecha y se dirigió hacia la salida con pasito menudo y un tanto incierto, mientras decía con voz cascada:

—Ha sido usted muy amable, joven amigo. Que el Señor le premie todas sus bondades. Y que castigue a la gente mala que está tramando un enfrentamiento civil en Zamora o en cualquier parte del mundo. ¡Viva Zamora!

—¡Viva! —exclamó Carvajal, sin poder evitar la risa.

Capítulo VII

El soldado que la vio primero se acercó al otro y le dio con el codo.

—Fíjate en eso.

El otro soldado se volvió, mirando hacia el sur por la carretera y tras fruncir el ceño, encogió los hombros.

—Es una vieja —refunfuñó.

—Son las seis de la mañana. ¿Qué hace una vieja caminando sola por la carretera?

—¿Y a mí qué demonios me importa? Llevamos toda la noche en danza buscando a esos espías yanquis, estoy que me muero de sueño, y tú vienes a hablarme de una vieja. ¡Vete al cuerno!

—A mí me parece raro que una vieja esté caminando a esta hora de la mañana sola por una carretera —gruñó el otro.

—Pues ve a detenerla.

El soldado desconfiado quedó dubitativo. Mientras tanto, la anciana se iba acercando y, ciertamente, su aspecto no podía ser más inofensivo. Y resultaba agradable. Parecía que los había visto de pronto y entonces había avivado el paso hacia ellos directamente. Por supuesto, la pobre anciana no podía saber que, fuera de la carretera, más soldados controlaban aquella zona.

—¡Soldados! —Llamó la anciana—. ¡A mí, soldados!

Los dos cambiaron una mirada de desconcierto, y se desplazaron a su encuentro.

—¿Qué desea, señora?

—¡Quiero que detengan a mi yerno! ¿Saben qué ha hecho el muy canalla? Como cada mañana, yo me he levantado antes que todo el mundo en la casa y he preparado el café. Sí, ya hace días que el muy cochino venía buscando pendencia. Siempre le ha gustado mi café, así que no era por el café, no. Quizá no le ha gustado que yo haya advertido a mi hija de que es un sinvergüenza. Hace tres noches le vi con aquella puerca, la mujer de Osvaldo…

¡Todos los hombres son unos cerdos!

—Señora…

—¡Y ese cerdo me ha echado de su casa! ¡A mí, a una pobre anciana que siempre ha sido útil! ¿Tengo yo aspecto de campesina?

—No. No señora, desde luego que no.

—¡Pues he estado viviendo como tal todo el tiempo que ese sinvergüenza ha querido! Aunque no lo he hecho por él, sino por mi hija, naturalmente. ¡Pobre ángel mío! Y las dos niñas son preciosas, preciosas… ¿Saben qué ha hecho ese canalla? ¡Me ha tirado el café caliente encima! Así que quiero denunciarlo por malos tratos, por… por adulterio y por… por… ¡Quiero denunciarlo!

—Para eso debe ir a la policía, señora.

—¿Qué más da la policía que ustedes?

—Esa no es función nuestra. Además, estamos de servicio, no podemos abandonar la carretera, señora.

—¿Qué servicio están haciendo aquí? —Se pasmó la anciana.

—Vigilancia.

—¿Y qué vigilan?

—Es un secreto militar.

La anciana miró de uno a otro soldado, con gesto iracundo. De pronto, se resignó, lanzó un suspiro, y continuó su camino hacia el norte, refunfuñando:

—Ningún hombre vale nada. Todos son iguales, sólo piensan en la mujer para acostarse con ella. Por lo demás, hacen…

Los dos soldados dejaron de oír sus refunfuños. Uno miró al otro y sonrió en plan de gran cachondeo.

—La has dejado marchar sin interrogarla —recordó.

—¡Vete a la mierda!

Pasito a pasito, la anciana continuó su camino hacia el norte. Un indicador informaba que la distancia hasta Tigulpa era de dos kilómetros y medio, y hasta Punta Verde, uno y medio. Tigulpa estaba hacia el interior. Punta Verde, en plena playa.

—No faltaba más —dijo la anciana en voz alta—. ¡Yo siempre hacia el mar!

La vigilancia militar, en contra de la información de Abelardo, persistía, pero muy disminuida. Había visto sólo dos soldados en la carretera y muy pocos, quizá cinco o seis, por el campo, escondiéndose con bastante torpeza por cierto. Realmente, parecía

que ya no creían que ella y Everitt pudiesen estar por allí, así que la vigilancia de retén resultaba más bien simple formalidad militar. En tales condiciones y considerando la calma que reinaba, era fácil comprender que Franklin Everitt, con bicicleta incluida, había conseguido también burlar la vigilancia, y en aquellos momentos debía estar viajando hacia Borjas. ¡Magnífico!

Aunque, por otro lado, era fácil comprender que si la vigilancia ya no estaba en aquella zona, debía estar en otra. Y por supuesto, hacia el norte. Cada vez resultaría más difícil viajar hacia el norte, pues allá se debían ir acumulando los militares amigos de Benedicto Sánchez y compinches civiles, claro está. Al pensar en Benedicto Sánchez, Baby tuvo una idea, que comenzó a valorar lentamente mientras seguía caminando hacia Punta Verde. ¿Y si ella llamase a Benedicto Sánchez y le dijese que Everitt la había puesto al corriente de todo y que la CIA estaba sobre aviso de sus propósitos y que no iba a vivir ni siquiera cuarenta y ocho horas, a menos que los dejase salir del país y desistiese de sus proyectos revolucionarios? Tenía la radio de Onofre, así que podía hacerlo; podía llamar a Benedicto Sánchez, que sin duda no debía estar muy lejos y decirle…

Los reflejos físicos de la anciana eran admirables. Alzó vivamente la cabeza y miró hacia su derecha cuando apenas comenzó a oírse el zumbido de las dos motocicletas. ¿De dónde salían? Si hubiesen estado circulando por allí, las habría oído antes; estaba segura de ello. Por lo tanto, habían estado paradas. Y de pronto, al pasar ella, aparecían… Descendían por el estrecho camino procedente de la pequeña loma, alzando un fino polvillo que parecía de oro al temprano sol de la mañana. Los dos llevaban grandes lentes para protegerse los ojos, y un gran casco esférico, uno de color verde y otro blanco.

La anciana se detuvo con gesto de cansancio y pareció que ni siquiera se daba cuenta de la aparición de los dos motoristas que estaban ya muy cerca de la carretera. Abrió el maletín, sacó la pistolita de cachas de madreperla, y, simplemente, se la colocó en la axila izquierda; cerró el maletín, apretó el brazo izquierdo contra el cuerpo y siguió caminando. Los dos motoristas habían llegado a la carretera y se habían detenido en el borde. Uno de ellos metió la mano derecha en el bolsillo de su chaquetón de plástico verde, con

el emblema de una marca de lubricante. El otro, el que no se movía, que mantenía las manos sobre el manillar, era chino. Baby lo estaba viendo perfectamente pese al casco.

Siguió caminando, siempre con su pasito menudo de anciana; un pasito gracioso, corto, un tanto indeciso.

Cuando estaba a unos cinco metros de los dos motoristas detenidos en el borde de la carretera, vio que el de la mano en el bolsillo se disponía a sacarla. Captó perfectamente el gesto.

Entonces, *madame la duchesse*, agarró la pistolita que ocultaba en la axila, y disparó rápidamente, sin apuntar.

Plof.

La bala perforó el plástico frontal del, casco, y se hundió en la frente del motorista, justo en el momento en que la mano de éste aparecía sosteniendo la pistola, que escapó de sus dedos y cayó al suelo. El motorista y la moto cayeron de lado en la poco profunda cuneta, mientras el otro motorista, lanzando una exclamación, llevaba la mano derecha al bolsillo.

Plof.

Un minuto más tarde, la anciana había metido entre unos matorrales a los dos hombres y las dos máquinas. Efectivamente, uno de los dos hombres era chino, y éste era precisamente quien llevaba una radio de bolsillo que la espía más peligrosa del mundo se quedó mirando con torva expresión. De pronto apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Oyó en español—. ¿La habéis visto?

—Díganle a Benedicto Sánchez que voy a por él.

Dicho esto, cerró la radio sonriendo secamente. A toda prisa quitó las ropas y el calzado al chino, se desvistió, metió la ropa de *madame la duchesse* en el maletín apretándola con fuerza y se puso el casco tras vestirse con la ropa del chino.

Un instante después, ahora convertida en un motorista, Baby desaparecía loma arriba, conduciendo expertamente la poderosa máquina. Le faltaban unos quinientos kilómetros para llegar a Matualán, y, aunque con la motocicleta las cosas podían simplificarse mucho, no debía olvidar que la jauría de perros rabiosos que querían cazarlos a ella y a Everitt era cada vez más numerosa e imprevisible.

A las doce del mediodía, había recorrido solamente cien

kilómetros, pues se escondía siempre que veía algo que no le gustaba, y, por otra parte, no era ni fácil ni cómodo ir en motocicleta montaña a través. Había perdido de vista el mar; y eso, el calor, el polvo, la sed, la tensión e incluso el cansando que comenzaba a sentir, la tenían de bastante mal humor. Decidió tomarse un descanso y detuvo la máquina en cuanto vio un árbol con la suficiente sombra.

Apenas estuvo parado el motor, en el brusco silencio oyó con toda nitidez el zumbido de, llamada de una radio. Tras un instante de desconcierto, abrió el maletín que había asegurado en el transportín del asiento de atrás y sacó la radio de Onofre, que era la que estaba llamando.

—¿Qué te parece? —Exclamó en voz alta, sonriendo fieramente; se sentó a la sombra del árbol y admitió la llamada—: ¿Diga?

—¿Es usted la mujer que está ayudando a Everitt?

—En efecto.

—No sé retire, por favor. No corte. Hace más de dos horas que estamos intentando comunicarnos con usted; el señor Sánchez quiere decirle algo.

—Si se refiere usted a Benedicto Sánchez, me parece muy bien. Espero.

No tuvo que esperar ni siquiera cinco segundos. Oyó la voz profunda, un poco ronca, irritada:

—Buenos días, señora o señorita. Soy Benedicto Sánchez, y como comprenderá por el hecho de que hayamos podido hacer contacto con radios de tan corto alcance, estamos muy cerca de usted.

—Lo cual no sé si le conviene, señor Sánchez —cortó la divina espía—. ¿No le dieron mi recado?

—¿Qué recado?

Baby alzó la barbilla, parpadeó, quedó silenciosa. ¿Qué recado? Curioso personaje el tan Sánchez. Ella le enviaba el recado de que iba a por él y decía que no había recibido el recado. ¿Acaso sus hombres no se lo habían dicho? Esto era absurdo.

—¿Está usted ahí?

—Señor Sánchez, le voy a llamar yo a usted dentro de un minuto. Sea tan amable de esperar.

—Escuche, no tengo que esperar nada. Estoy harto de usted y de

ese puerco de Everitt, pero tal como están las cosas, quizá podríamos llegar a un acuerdo.

—No hay acuerdo, señor Sánchez. Yo no puedo aceptar de ninguna manera las ambiciones de una persona como usted.

—¿Le ha contado Everitt todo el asunto?

—Desde luego —mintió Baby, esperando así obtener la verdad de labios del propio Sánchez—. Y puedo asegurarle que su alianza con los chinos para esa revolución no se llevará a cabo jamás. Ni la revolución tampoco, naturalmente.

—¿Ha dicho usted… mi alianza con los chinos?

—Eso he dicho. Estoy al corriente de todo.

—Ya veo, ya. Bueno, respecto a ese acuerdo, quizá le convenga escuchar en qué consiste mi oferta. Ustedes dejaron en Ciudad Zamora a cinco agentes de la CIA, ¿no es así?

—Quizá.

—Sin quizá. Lo sé muy bien, porque los cinco están en mi poder. Tengo a esos cinco hombres, destruí su centro emisor de largo alcance, y me he apoderado de sus comunicadores de bolsillo.

—No le creo una sola palabra de lo que dice.

—Usted es una imbécil —gruñó Sánchez—. Pero veamos hasta qué punto de imbecilidad ha llegado. Quiero hablar con usted y con Everitt. Si antes de dos horas no nos hemos reunido, sus cinco compañeros volarán en pedazos. Le voy a explicar cómo están las cosas: los cinco se hallan en el interior de un coche, esposados; el coche ha sido preparado para saltar en pedazos en cuanto yo lo desee. Y eso será dentro de dos horas si no nos hemos entrevistado. ¿Lo entiende, imbécil?

—¿Dónde quiere la entrevista?

—¿Conoce el país o tiene algún mapa?

—Tengo un mapa —Baby lo sacó del bolsillo de la cazadora de plástico y lo desdobló—. Dígame dónde quiere que nos veamos.

Benedicto Sánchez invirtió algo más de un minuto en dar las instrucciones a la «imbécil», que murmuró:

—Está bien, voy para allá.

—Los dos. Usted y Everitt, quede esto bien claro.

—Sí, sí. Pero yo también quiero imponer algunas condiciones, señor Sánchez. Seguramente, es cierto que tiene usted a mis compañeros, pero quiero estar segura de ello. Por lo tanto, usted

pondrá el coche en el que están ellos bien a la vista para que yo los vea con mis prismáticos. Bien entendido que si veo un solo soldado por ese lugar o más de dos o tres hombres con usted, no pienso acercarme. Me interesan mucho las vidas de mis compañeros, pero, compréndalo, me interesa mucho más la mía propia.

—De acuerdo. Verá usted el coche. Y verá también el mío. Yo estaré esperando sólo con tres de mis hombres. ¿Cómo llegará usted aquí?

—Volando, señor Sánchez, volando.

Cortó la comunicación, dejó aquella radio a un lado y se quedó mirando la que le había arrebatado al motorista. Estuvo casi un minuto pensativa, inmóvil. El silencio era tal que se oía el zumbido de un moscardón lejano. De pronto, Baby apretó el botón de llamada.

—¿Quién es? ¿Yuang? —preguntó en el acto una voz masculina.

—No, no soy Yuang. Quiero hablar con el señor Sánchez. Supongo que le dieron mi recado.

—Sí, desde luego, el señor Sánchez está informado de su bravuconada. ¿Qué desea ahora?

Baby palideció. Cerró la radio, y la guardó con la de Onofre. Luego llamó con la suya propia.

—Diga —oyó.

—¿Simón?

—Se equivoca. Usted debe ser la mujer que hace unos minutos ha hablado con el señor Sánchez, ¿verdad?

—Sí… Sí.

—¿Quiere hablar de nuevo con él? Puede hacerlo por este mismo conducto o utilizando la otra onda. Como bien debe saber usted, esta corresponde a la de los cinco agentes de la CIA que tenemos esperando en un coche dinamitado. ¿Quiere hablar con el señor Sánchez?

—No… No, no es necesario.

Cerró la radio, la dejó caer dentro del maletín y se pasó las manos por la cara, que notó fría, pese al calor reinante. Era cierto, entonces; tenían a los cinco Simones de Ciudad Zamora, habían destrozado la instalación de comunicaciones de larga distancia en la capital. Pero…, ¿no formaban un mismo bando los chinos y Benedicto Sánchez? Parecía que no. Sánchez no había recibido su

bravucón mensaje primero, pero luego, los amigos del chino habían dicho que sí se lo habían pasado. Los amigos del chino habían mentido, claro. Pero entonces... ¡Entonces, había dos bandos persiguiendo a Everitt y a ella! ¿Dos? ¿Y por qué no tres, o cuatro, o cinco...? Toda una jauría, desde luego.

«Tengo que reflexionar —sé dijo Baby—. ¿Qué es realmente lo que sabe Everitt que haya puesto sobre sus pasos no sólo a Benedicto Sánchez, sino a los agentes chinos en Zamora? ¿Qué puede saber que sea tan importante..., y que él no recuerde conscientemente? ¿Los preparativos de revolución por parte de Sánchez? Yo creo que no es eso. Es algo que también afecta a los chinos... ¿Qué es?».

Adivina, adivinanza...

Tendida en el suelo, en lo alto del cerro áspero y lleno de matorrales, Baby podía ver perfectamente, utilizando los pequeños gemelos de teatro que siempre llevaba en su maletín, el interior de ambos coches.

En uno de ellos había visto cuatro hombres desconocidos. No hacía falta ser la espía más inteligente del mundo para comprender cuál de ellos era Benedicto Sánchez: el más elegante, el más gordo, el que estaba fumando con impaciencia un grueso cigarro. Los otros tres eran más insignificantes. Benedicto Sánchez estaba en el asiento de atrás, con otro sujeto. En el asiento delantero, habían otros dos hombres, uno de ellos al volante.

En el otro coche, tres en el asiento de atrás y dos en el de delante, estaban los cinco agentes de la CIA. Al menos uno de ellos lo era sin duda alguna. Baby lo reconoció en el acto como el que la había recibido a su llegada a Zamora, pese a que estaba en la relativa oscuridad del coche y que se hallaba amordazado. Los cinco estaban amordazados, y, por supuesto, debían estar sólidamente atados de pies y manos. En los cinco rostros se veían huellas de terribles golpes. E incluso, uno de los Simones estaba recostado contra la portezuela como desvanecido, con el ojo izquierdo lleno de sangre.

La azul mirada de Baby Montfort regresó al coche donde esperaba Benedicto Sánchez. La distancia era algo superior a los ciento cincuenta metros. Luego, Baby escudriñó de nuevo los alrededores. Ni rastro de soldados, ni de más gente.

«Claro. Sánchez sabe que Everitt y yo no podemos contar con ayuda, así que no necesita más gente, cuya presencia sólo serviría para hacernos desistir de acercarnos. Así, sabe que nos acercaremos. O eso espera, al menos. Y en cuanto estemos a tiro de él y sus tres hombres, nos matarán. Eso es todo lo que quiere Sánchez. Eso es lo único que desea: matar a Everitt, y ahora, también a mí. De acuerdo».

Abrió el maletín, sacó el trípode de patas de aluminio, ensambló las tres patas en una sola, consiguiendo un largo tubo, al que encajó, cerca de un extremo, el culatín del secador de cabello a pilas. Ya montado el tubo-fusil, sacó una cápsula que parecía de aluminio del fondo de un tarro de crema facial, la deslizó por la punta del tubo, y luego apuntó hacia el coche de Benedicto Sánchez.

¡Zoouummmm…!, hizo el tubo-fusil al ser disparado.

Al instante, el coche de Sánchez se convirtió en una bola de fuego que, por un instante, pareció azul. El coche pareció saltar, hincharse, pero en realidad no se movió. Simplemente, la potencia de la bola de fuego calentó el aire de tal modo que todo pareció moverse, flotar en las capas calientes. Pero no. Sólo ocurrió que apareció la bola de fuego, y en menos de un segundo, achicharró el coche y todo lo que había en él.

Baby se puso en pie y corrió hacia el coche donde estaban los cinco hombres de la CIA. Llegó junto al vehículo, y ya se disponía a abrir una de las puertas, cuando captó la angustiada mirada de Simón-Zamora y sus violentos gestos para llamarle la atención. Por detrás de Baby rugía el fuego que estaba convirtiendo en cenizas a un ambicioso hombre que había estado preparando una contienda civil, y tres de sus asesinos a sueldo.

—¿No debo abrir la puerta? —jadeó la divina.

Simón movió negativamente la cabeza.

—¿Y el capó? ¿Abro el capó?

Movimiento afirmativo de cabeza. Baby alzó el capó del coche y vio el enorme paquete de cartuchos de dinamita y el mecanismo de conexiones que los haría explotar. Invirtió en el examen algo más de quince segundos. Luego, dio un tirón cerrando los ojos. Nada ocurrió. Con tres tirones más, ya sin vacilaciones, desconectó toda la carga, sacó los cartuchos de dinamita y los lanzó lejos del coche.

Un minuto más tarde, los cinco espías habían sido desatados y se quitaban las mordazas. Excepto uno de ellos, que seguía recostado contra la portezuela. Le puso una mano en un lado del cuello mientras veía el destrozo causado en un ojo. Estaba vivo, pero quizá perdiese aquel ojo.

Ni siquiera tres minutos más tarde, Baby y sus Simones se alejaban de allí, en el coche, hacia donde ella había dejado la motocicleta. En el espejo retrovisor podía ver la negra humareda que rodeaba los restos del coche de Benedicto Sánchez.

Y la divina espía fue dura e implacable en verdad cuando susurró, fríamente:

—¡Adiós, imbécil!

Capítulo VIII

Franklin Everitt volvió la cabeza cuando notó que alguien se sentaba a su misma mesa, bajo el parasol cuyo mástil estaba pasado por un agujero en el centro de la mesa de estilo inglés, tan blanca, tan ligera y refrescante. Tan refrescante como el enorme vaso que contenía un estupendo refresco aderezado básicamente con leche de coco. Frente a él, la piscina del hotel La Siesta, y algo más allá, Ja playa, y luego el mar azul. Azul, azul, azul… Un azul que refulgía bajo el tórrido sol. Hacía un calor tremendo, así que Everitt estaba en bañador, listo para ir tomando frecuentes baños en la piscina.

Sin embargo, pese al tremendo calor, la dama de blancos cabellos no parecía molesta con sus densas ropas negras. Miraba a Everitt sonriendo, y éste, tras un instante de estupefacción, se sobresaltó.

—¿Baby? —exclamó.

—¡Ssssí…! ¿Cómo van las cosas por aquí, Simón?

—¡Maldita sea mi estampa! —Casi gritó jubilosamente el espía—. Lo sabía… ¡Sabía que usted lo conseguiría también! ¡Llevo más de dos días torturándome pensando en usted, pero en el fondo convencido de que lo iba a conseguir! ¡Y así ha sido!

—Bueno, pero todavía estamos en Zamora, Simón, no lo olvide.

—¡Pero si estamos a dos pasos de Perú! ¿Qué digo a dos pasos? ¡Estamos a dos brazadas! Prácticamente, sólo tenemos que echarnos al agua y nadar hacia Perú.

—No exagere. De todos modos, realmente, estamos muy cerca. Y considerando esto, pienso que quizá debió usted intentarlo solo.

—Ni hablar —respingó Everitt—. En primer lugar, porque no quería marcharme sin usted. Y en segundo lugar porque estoy completamente desconectado de todo y no puedo moverme sin que usted me guíe. ¡Demonios, lo hemos conseguido, estamos ya con un pie en Perú…!

—O en la tumba —sonrió la anciana—. La jauría todavía no se ha dado por vencida.

—¡Dios bendito! —Everitt se llevó las manos a la cabeza en gesto de pasmo, de admiración infinita—. ¿Cómo lo consiguió? La radio se ha ocupado de este asunto. Dice que encontraron a Benedicto Sánchez y tres hombres más en su coche convertidos en cenizas. Lo encontraron unos soldados. ¿Dónde estaba usted?

—Galopando por las montañas —rió la anciana—. ¿Qué más ha dicho la radio?

—¿No la ha escuchado usted?

—No he tenido ocasión. He estado ocupada.

—Sí, claro… Bueno, en cuanto se supo la noticia de la muerte de Benedicto Sánchez ocurrió algo que ha sorprendido a todo el país: un par de docenas de altos jefes del Ejército, y multitud de oficiales, fueron detenidos. En estos momentos, están esperando explicaciones sobre el caso.

—Es lógico. ¿Qué ocurrió, según usted?

—Bueno, evidentemente, el presidente don Raimundo Serena estaba bastante informado sobre los manejos de Sánchez, pero no quería hacer nada, quizá por prudencia, evitando así una contienda civil en Zamora. Pero en cuanto se enteró de que Sánchez había muerto, de que ya nadie podría dirigir la revolución, se apresuró a detener a los militares implicados en el asunto.

—¿Y por qué no hizo eso antes de que falleciese Sánchez?

—Porque los oficiales se habrían alarmado…, quiero decir, los que aun formando parte del equipo de Sánchez, todavía no estuviesen en las listas del servicio secreto del presidente. Y si un grupo de jefes y oficiales se asustaban al ver que eran detenidos algunos compañeros de armas, podían precipitarlo todo y provocar, sin remedio, ese conflicto armado. En cambio, los que hayan quedado libres ahora, se darán por muy satisfechos si, faltos de la dirección de Benedicto Sánchez, el servicio secreto no los detecta.

—Razonable —admitió Baby—. Pero, ¿no le parece que todo se habría simplificado mucho si el presidente hubiese ordenado la detención de Benedicto Sánchez hace días?

—El presidente no podía probar nada hace días. Habría provocado, también, un apresuramiento en los planes de los militares adictos a Sánchez, o sea, la inevitable guerra civil, y

mucho derramamiento de sangre en ella. Sánchez habría sido puesto como un ejemplo de mártir, víctima del despotismo presidencial. En cambio, ahora, se sabe que Sánchez ha estado movilizando material y personal de las Fuerzas Armadas, y cuando se dé la explicación oficial definitiva, todo el mundo comprenderá la verdad.

—¡Claro! Bueno, me gustaría saber cuál será la explicación… oficial y definitiva de don Raimundo Serena. ¿Qué cree usted?

—No tengo ni idea. Ni me importa. Lo único que deseo es largarme de aquí cuanto antes.

—Un deseo muy fácil de comprender… hace unos días. Ahora ya no tenemos necesidad ninguna de seguir huyendo, Simón, Ya no tenemos detrás nuestro ninguna jauría.

—¿Cómo que no?

—Pero, hombre —rió la anciana—, ¿no lo ha comprendido? ¡La cacería ha terminado!

—Por parte de Sánchez y los soldados, sí, seguramente. Pero… ¿qué, cree que deben estar haciendo los agentes chinos que estaban confabulados con Sánchez?

—Nada en absoluto.

—¡Cómo nada…! ¡Si habían hecho algún trato con Sánchez…!

—No habían hecho ningún trato con Sánchez.

—Pero… pe-pero… usted misma dijo…

—Soy un simple mortal, Simón; me equivoqué.

—Pero… no comprendo… Los chinos que nos atacaron… Bueno, había un chino, y usted dedujo…

—Ya le digo que me equivoqué. Algo no encaja en esto. Los chinos están interviniendo desde luego, lo sé seguro… Tuve que matar a dos de su grupo cuando me alejaba de la casa de Carvajal.

—Por Dios…

—Los chinos intervienen, pero no sé qué quieren, no sé qué buscan. No pretendían nada en colaboración con Sánchez, pero, al igual que éste, se lanzaron detrás nuestro como una jauría… ¿Por qué? ¿Qué sabe usted, Simón?

—Yo… yo-yo no lo sé. ¡No sé lo que sé! Lo que sí sé es que los chinos no se detendrán. Tienen que estar buscándonos… y nos encontrarán si no nos vamos pronto de aquí. Y yo creo que no conviene abusar de la suerte.

—Tiene razón —admitió la anciana—. Nos hemos librado de una jauría, pero aún queda otra. Yo creo que todo se solucionaría si usted recordase lo que sabe.

—Lo siento. ¡Le juro que he estado pensando en ello, pero no consigo recordarlo! ¡No puedo conseguirlo!

—El caso es que no quisiera marcharme de Zamora sin saber de qué se trata. Estoy muy intrigada. Tanto, que siento tentaciones de quedarme en Zamora para ser quien les siga el rastro a los chinos.

—Eso es una locura —musitó Everitt—. Usted sola no podría hacerles frente. Y digo sola, porque los chinos deben conocer a nuestros compañeros de Ciudad Zamora, así que sería peligroso acudir a ellos.

—Los chinos y los zamoranos.

—¿Qué…? —se desconcertó Everitt.

—Digo que los zamoranos también conocían a nuestros compañeros. Por fortuna, pude sacarlos del apuro, y en estos momentos están ya rumbo a casa.

—¿De qué está hablando? ¿Qué ha sucedido?

Baby puso al corriente de todo a Franklin Everitt, que estaba aterrado. Pero las explicaciones de la divina espía lo fueron tranquilizando y lo llevaron de nuevo a la misma decisión:

—Insisto en que debemos marcharnos. Estamos solos contra los chinos, y si realmente les da por seguir acosándonos, lo vamos a pasar muy mal.

—De acuerdo. Nos iremos esta misma noche, Simón.

—Gracias a Dios. ¿Cuándo y cómo?

—A decir verdad —sonrió la siempre sorprendente anciana—, ya tengo una lancha preparada en el embarcadero de Matualán. Es pequeña, pero veloz. Podemos llegar a Guayaquil en cuatro horas, cinco como máximo.

—¡Estupendo! —Se iluminó el semblante de Everitt—. Esto quiere decir que mañana, antes del amanecer, llegaremos a Guayaquil.

—Y a primera hora de la mañana tomaremos el avión hacia Ciudad México, donde según las instrucciones que llevan nuestros compañeros evacuados de Ciudad Zamora, nos estarán esperando con todo el resto del viaje ya solucionado.

Everitt se echó hacia atrás en el asiento, suspiró profundamente,

y luego sonrió señalando su enorme vaso:

—¿Quiere tomar un refresco?

—Estupendísima idea. ¡Zambomba!; ¡ha tardado en decidirse a invitarme!

Se echaron a reír los dos. Everitt pidió un refresco igual que el suyo para la *señora*, que miraba a todos lados con expresión amable, risueña, de dama simpática encantada de la vida. No había para menos, en aquel lugar: sol, mar, lujo, tranquilidad… Sí, valía la pena mirarlo todo. Pero, había que simular que no se veía *todo*.

Por ejemplo, la anciana no dio muestras en ningún momento de reparar en el hombre que, a poco de llegar ella a la terraza de la piscina, se había colocado de tal modo tras uno de los grandes macetones con palmera, que ésta la ocultaba, poco menos que completamente. A decir verdad, la anciana había visto al hombre apenas un segundo. Y sin embargo, su rostro había sido situado inmediatamente en la fabulosa memoria fotográfica de la espía. No tardó más de un segundo en recordarlo, en situarlo perfectamente: había visto a aquel hombre hacía días, en Ciudad Zamora, cuando, después de salir ella y Everitt de la embajada de Colombia, ambos disfrazados, y se alejaban rodeados de gente que quería saber cosas sobre el espía yanqui que todavía creían encerrado en la embajada, alguien gritó:

—Ya que a ella la dejan entrar, démosle una pistola, y que vuelva allá dentro, a matar al yanqui.

Sí. Era el mismo hombre. Pero… ¿ya no quería matar al yanqui? ¿Se limitaba a vigilarlo?

—Es muy amable Braulio, ¿verdad? —Comentó la anciana—. En cuanto le he dicho que llegaba de parte de Abelardo, ha comprendido, y me ha dicho que usted estaba aquí, y que en seguida tendría una habitación lista para que pudiese descansar. Y la verdad es que estoy muy cansada, Simón.

—Es natural —murmuró Franklin—. Lo mejor que podría hacer es dormir una buena siesta. Eso la descansará para el viaje de esta noche.

—Sí. Bueno, pero no pienso dormir la siesta sin haber tomado mi refresco. Hotel La Siesta… ¡Qué nombre tan relajante!

Everitt volvió a reír. Poco después, trajeron el refresco para la señora, y ésta lo bebió de buena gana, haciendo simpáticos gestos

de persona sedienta en el desierto y que encuentra, de pronto, un gran placer. Cuando, por fin, la anciana se retiró a ver si ya tenía dispuesta una habitación, Everitt todavía reía, como si no tuviese ninguna preocupación en la vida.

Sin embargo, *madame la duchesse* sí tenía preocupaciones. Estaba hablando con Braulio, que tras el mostrador, le tendía la llave de una habitación.

—¿Cuál hombre? —preguntaba Braulio.

—Uno que está en la terraza de la piscina, sentado de modo que no se le puede ver bien desde la mesa del señor Everitt, pues queda oculto por una de esas palmeras enanas.

—Si lo desea, puedo ir a ver quién es.

—Sí. Pero que no le vea él. Ni el señor Everitt, no sea que se alarme.

Braulio asintió, y se alejó hacia la terraza *Madame* la duquesa se entretuvo contemplando algunas tarjetas postales que habían en un soporte sobre el mostrador. De pronto, miró el calendario que había al fondo de recepción, frunció el ceño, efectuó brevísimos cálculos mentales, y sonrió y tomó una postal. Utilizando un bolígrafo que encontró sobre el mostrador, escribió:

«ANGELO TOMASINI

»Villa Tartaruga - Malta

»El próximo día 21 entramos en la primavera. Ese día, quisiera estar contigo en el más bello lugar del mundo.

*»*Brigitte*».*

Cuando Braulio regresó, ya estaba escrita la postal. La anciana la dejó sobre el mostrador.

—¿Sabe quién es? —preguntó.

—Se llama Teodoro Martos. Está en la 26.

—¿Llegó antes o después que el señor Everitt?

—Antes. Bueno, en realidad sólo unas horas, pero llegó antes, estoy seguro… ¿Se encuentra mal, señora?

—No —musitó la anciana, que estaba palidísima—. ¿Será tan amable de enviar esta postal, por avión y urgente? No tengo sellos para el franqueo…

—No se preocupe —sonrió Braulio—. ¿De verdad está bien?

—Sí. Voy a dormir una larga siesta… Gracias por todo, Braulio. No estoy para nadie… Absolutamente para nadie: quiero descansar… Es lo que más necesito, ahora. Por supuesto, no se le irá a ocurrir decirle al señor Martos que he preguntado por él, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Es que, entonces, la cosa no tendría gracia —murmuró la anciana.

Teodoro Martos entró en su habitación, que tenía las persianas entornadas para evitar el radiante sol de la tarde. Había una penumbra muy grata, que hizo suspirar, aliviado, a Teodoro Martos. Había estado demasiado rato al sol, y además, todavía estaba nervioso, nerviosismo provocado por su primera impresión de que la anciana que había hablado con Everitt le hubiese visto y recordado. Pero no. Evidentemente, la anciana no le había recordado… ¡Admirable mujer!: ¿cómo se las podía arreglar para parecer, primero una mexicana gorda y joven y, luego, una anciana delgada? Y aparte de eso, si todo lo que parecía que ella había hecho, lo había hecho realmente, había para estar asustado. Nada de bromas con aquella mujer, desde luego…

Del armario, Teodoro Martos sacó la radio de bolsillo, y oprimió el botón. En seguida, oyó una voz masculina, susurrante:

—¿Quién es?

Martos se dejó caer en la butaquita de mimbre pintado de blanco. ¡Se estaba tan bien, allí, tan fresco y tranquilo!

—Soy Teodoro, Tsing Ho. Te llamo para decirte que todo está bien. Ya no debemos preocuparnos por los planes de Benedicto Sánchez. La agente Baby nos lo ha quitado de en medio. Tenemos el campo libre para planear, muy en breve, nuestro propio golpe de estado en Zamora.

—¿Todavía piensas contar con Franklin Everitt?

—¡Claro que no! —rió, jubilosamente, Teodoro Martos—. Le he hecho creer que sí, que todo ha sido un malentendido, y él, como compensación y prueba de amistad, ha puesto en nuestras manos a la agente Baby. Cuando lo cazamos mientras escapaba en bicicleta de aquella casa, estuve a punto de matarlo, pero me pareció que era mejor escuchar sus gimoteos antes de tapar su boca para siempre, Y ha valido la pena. A cambio de algo de dinero, nuestra promesa de no matarle, y un pasaporte, Everitt nos ha entregado a Baby. Creo

que en tu país dan cinco millones de dólares por ella, ¿no es así?

—El dinero es lo de menos —sonaba, metálica, la voz de Tsing Ho—. Tú no sabes lo que significará, para mí, haber sido el ejecutor de la agente Baby. ¿Dónde la entregará Everitt?

—En Guayaquil, mañana al amanecer. Llegarán los dos en una lancha, procedentes de aquí, de Matualán. Supongo que también mataréis a Everitt.

—Desde luego. Fue útil mientras estuvo sirviéndonos… Pero dejó de serlo cuando Benedicto Sánchez se dio cuenta de que él hacía doble juego, de que en lugar de trabajar, realmente, para él, lo que hacía Everitt era servirnos a nosotros. Le sentó tan mal, que quiso asesinarlo fuese como fuese.

—Tampoco nosotros hemos sido muy amables con él —rió Martos.

—Es cierto. Pero fíjate qué clase de sujeto es Everitt… Primero, traiciona a la CIA para trabajar con Sánchez ayudándole con sus informaciones a preparar la revolución, a cambio de dinero y poder, en Zamora. Luego, cuando nosotros le hacemos una oferta mayor que la de Sánchez, traiciona a éste para servirnos a nosotros… La pregunta es: ¿cuánto tiempo nos sería fieles a nosotros? Así que, aprovechando que se encontraba en apuros, huyendo de Sánchez, nosotros también hemos querido matarlo…, y lo habríamos conseguido de no haber intervenido Baby. No, no podemos ser amables con un sujeto así. Y menos, ahora, que ya está marcado: no sólo no nos podría ser ya útil, sino que, quizá, para conseguir congraciarse con el Gobierno de Zamora, o con la CIA si ésta descubriese algo, nos traicionaría, también a nosotros.

—Sí… Realmente, Everitt sabe demasiado. Demasiado de Sánchez, demasiado dé nosotros… Por fortuna, no le ha dicho a esa mujer lo que sabe…

—Habría sido tanto como condenarse a muerte. Esa mujer es muy peligrosa, Teodoro. Bien… ¿Mañana en el embarcadero de Guayaquil?

—Al amanecer. Aseguraros bien de que la matáis a ella y a Everitt. ¿Te espero en Matualán?

—Sí. Llegaré mañana mismo, y reorganizaremos el asunto para provocar la revolución que hace tanto tiempo venimos planeando. Ya sin estorbos. Y queda tranquilo. Teodoro: cuando lo hayamos

conseguido todo, tú estarás en la presidencia…, al servicio de China, se entiende.

—¡Claro que sí, Tsing! Bien, esto es todo. ¿Vais a salir para Guayaquil?

—Ahora mismo. Prácticamente, ya estamos en camino. Cuando ellos lleguen, los estaremos esperando.

—Buena suerte, Tsing Ho.

Teodoro Martos cerró la radio, y la dejó sobre una de sus piernas. Sí, se estaba tan bien allí… Sacó el paquete de cigarrillos, y se colocó uno en la boca. Era fácil conseguir cosas de los cobardes y los traidores. Por ejemplo, cuando Everitt, al salir de aquella casa de la playa había caído en sus manos, lo había aceptado todo con tal de salvar la vida. Su puerca vida. Le había dicho quién era la extraordinaria mujer, dónde se encontrarían, lo que pensaba hacer. Y él sólo había tenido que adelantarse, dejando a Everitt prosiguiendo su viaje en solitario, pero vigilado, hacia el hotel La Siesta… Si aquella mujer le hubiese visto, quizá hubiese sospechado algo, si lo recordaba, pero por suerte, no le había visto… Además, ¿por qué suponerla tan inteligente, tan capaz de comprenderlo todo?

Martos movió negativamente la cabeza, sacó el encendedor y lo accionó. Apareció la llamita, y comenzó a acercarla a la punta de su cigarrillo.

Entonces, la vio.

Estaba sentada en la otra butaquita de mimbre, inmóvil como una sombra. Como una sombra negra y tenue, que era lo que Teodoro Martos había creído ver antes, y lo que, todavía ahora, le parecía aquella anciana que veía a la luz de la llamita de su encendedor.

Se había quitado los lentes, que colgaban sobre su pecho por medio de una cintita negra. Y lo estaba mirando. Lo miraba como si no lo estuviese viendo, quizá debido a las lágrimas que inundaban sus ojos. No hacía ruido, parecía que ni siquiera respiraba, que ni siquiera estuviese allí…, pero estaba. Estaba allí, mirándole y con los ojos tan llenos de lágrimas que quizá no le veía.

Martos pensó que tenía tiempo de sorprenderla. Dejaría caer el encendedor, sacaría rápidamente su pistola, y la mataría. Sí, él, personalmente, mataría a aquella mujer cuyo nombre tanto había

impresionado a Tsing Ho.

Él, personalmente.

Dejó caer el encendedor, y se llevó la mano al pecho.

Pero cuando la mano pasaba por delante del corazón, éste había recibido ya el impacto de una pequeña bala disparada por una pistolita de cachas de madreperla.

Este es el final

Siguiendo las indicaciones que Braulio le había transmitido de parte de Baby, Franklin Everitt no tuvo la menor dificultad en encontrar la lancha *Horóscopo*, amarrada en el embarcadero de Matualán. Saltó a ella, y se acercó a la doble puerta de la cabina, que empujó con dos dedos.

—¿Baby? —llamó.

La luz dentro de la pequeña cámara se encendió de pronto y Everitt vio, en primer lugar, la pistola que le apuntaba al centro del rostro. Luego vio a los dos hombres. No, tres. Uno estaba tendido en una litera con parte del rostro envuelto en vendajes. El otro había accionado el interruptor de la luz. El otro, el más cercano, le estaba apuntando con la pistola. Por supuesto, los reconoció en seguida eran tres de sus compañeros de Ciudad Zamora.

—¡Rennie! —Exclamó—. ¿Qué ocurre? Jim, ¿qué pasa? Creía que estabais ya camino de casa. Ella me dijo…

Entonces oyó los fuertes golpes tras él. Se volvió y vio a los otros dos compañeros de Ciudad Zamora saltando a la lancha. Uno de ellos se fue directo a los mandos y puso en marcha el motor. El otro se acercó, apoyó una mano en su espalda y lo empujó hacia el interior de la cámara.

—¿Qué ocurre? ¡No podemos marcharnos sin ella! —Exclamó Everitt—. ¿Le ha ocurrido algo? ¡Quiero…!

Recibió un golpe espantoso en los riñones, y cayó de rodillas dentro de la cámara. El último agente de la CIA en llegar entró y cerró la doble puerta. Desde el suelo, Everitt lo miraba con el rostro crispado de dolor, rígido el cuerpo. El espía del rostro vendado se había sentado en la litera y tenía también una pistola en la mano. Y también el otro. Los cuatro le estaban apuntando, en silencio.

—Pero, ¿qué… qué os pasa? —Jadeó Everitt—. ¡Soy yo, soy Franklin! Aldo, ¿por qué me has…?

Jim se adelantó, y con la punta del pie golpeó a Everitt en el estómago. Franklin lanzó un bramido, se encogió, rodó por el piso hasta delante de los pies de Rennie, y éste le partió la mandíbula de otro punterazo. Everitt chilló, se llevó las manos a la cara y se encogió, como arrodillado, ocultando la cara contra el suelo.

—¡No os entiendo! —gimió—. ¡No os entiendo, no sé por qué me hacéis esto, no os comprendo! ¡Quiero verla a ella!

—Ella está volando lejos de aquí —dijo Rennie—. Nos dijo que no quería matarte, y nos dejó la decisión a nosotros. No vales ni una lágrima de las que ella ha derramado por ti, SIMÓN.

—No… Esperad… Hay un malentendido… ¡Puedo explicároslo todo…! Os lo explicaré, sí…

La lancha seguía navegando a buena velocidad, pero la doble puerta se abrió y apareció el quinto agente de la CIA. Everitt comprendió que estaban ya en mar abierto, y que había puesto el piloto fijo, de modo que la lancha iba mar adentro. Vio en sus ojos que lo iban a matar, que lo tirarían al mar…

—¡No! —comenzó a sollozar—. ¡No, por Dios, no, no, no…!

Las cinco pistolas le estaban apuntando.

Plop.

Plop, plop, plop…

Plop. Plop.

Plop, plop, plop, plop, plop, plop…

Finalmente, una feroz jauría había alcanzado a su presa.

FIN